

UNA AVENTURA EN LA MANSIÓN DE LOS ADEPTOS
ROSA – CRUCES
Franz Hartmann

PROEMIO

“Una Aventura en la Mansión de los Adeptos Rosacruz” no es un libro de texto doctrinal como los que ha lanzado la raza anglosajona, portavoz de la nueva doctrina espiritualista al mundo occidental.

Hartmann, el gran discípulo de la inmortal Blavatzky, vertió en esta obra, además de sus experimentados conocimientos, toda la magia sugestiva, la maravilla visionaria de la leyenda alemana en el aspecto trascendente de realidad espiritual.

Sabemos, no obstante, que este volumen no será predilecto de los asiduos lectores de la doctrina teosófica, amantes, por lo general, del concepto mental doctrinario y escueto, que nosotros estimamos un tanto árido para la imaginación mente y la fecunda emotividad del meridional.

Por ello consideramos esta obra la más completa de cuantas ha editado la Biblioteca Orientalista. Y no la entendemos por tal en el sentido de calificación de un sistema o de un método determinado cualquiera, sino como labor que abarca los aspectos todos que abarcar puede, en alto sentido, un libro para un lector latino.

La alucinante belleza descriptiva de los misteriosos Alpes tirolese; la maravillosidad de lo trascendental, revelado en las escenas relativas a la Mansión maestra; las prácticas consideraciones sobre la vida teosófica; la palpitante emoción, en fin, de aparecer todo vivido, todo lleno de vibración y movimiento, hacen que el lector, identificado con el alma del protagonista, viva y se asimile en todo instante las provechosas experiencias del que gozó de las cercanías de los Adeptos, guías de la humanidad.

Alguien tachará tal vez de irreal y fabulosa la claudición final del héroe de la obra en su aventura con los espíritus elementales. No obstante, advierten todos los instructores teosóficos, que éste es el escollo donde tropiezan por lo general quienes seducidos por los encantos del mayáxico reino, no advierten el peligro sutil de la definitiva prueba a que tarde o temprano son sometidos los que anhelan posponer su cuerpo de deseos a la conquista del Yo, cuyo único trofeo de victoria es su sojuzgación previa para el que se consagra al servicio pleno del ideal de ideales.

En suma: el encanto de las supremas bellezas naturales del mundo físico, los ilusorios recovecos de los etéreos planos, las magnificencias ignoradas del astral, las lucubraciones metafísicas del manas, y aquel amor y sacrificio infinitos del

buddhi, en cuyo áureo ambiente viven los Maestros de la humanidad, todo se encierra y combina en las evocaciones de las páginas que siguen.

Sumérgete, lector, en este nuevo mundo que te espera, y séante sus bienes propicios.

PEPITA MAYNADÉ Y MATEOS.

I LA EXCURSIÓN

Escribo estas líneas en un villorrio de las montañas alpinas, en la Baviera del Sur, a corta distancia de la frontera austriaca. Las impresiones ayer sentidas permanecen todavía vívidas en mi memoria, ya que los hechos que las causaron fueron para mí de tan intensa realidad que sobrepuja a todo acontecimiento de la vida cotidiana. Y, a pesar de su extraordinaria naturaleza, no creeré jamás que fueran simplemente un sueño.

Al terminar un largo y enojoso trabajo de investigación en la historia de los Rosacruces, después de haber leído las carcomidas páginas de volúmenes antiquísimos y empolvados manuscritos ilegibles con los años, transcurriendo mis días y buena parte de mis noches en la biblioteca de los conventos y en las tiendas de los anticuarios, reuniendo y compilando cuanto me parecía de algún valor para mi objeto, y habiendo, en fin, terminado mis estudios, decidí tomarme una vacaciones y resolví pasarlas en medio de los parajes sublimes de los Alpes tirolese.

Las montañas permanecían todavía cubiertas de nieve a pesar de la avanzada primavera; mas anhelaba huir del trajín de la capital y aspirar una vez más del aire puro y diáfano de las cimas montañosas, otear los lucientes glaciares resplandecer como vastos espejos a la luz del sol naciente y compartir las sensaciones de Byron cuando escriba:

¿Quieres escalar los montes hasta la cumbre? ¡Mira! Los picos más altos son los que con preferencia cubre la nieve. El bardo vencedor elevase sobre el vulgo de la humanidad y contempla a sus pies a la multitud y sus míseras tareas. En lo alto brilla magnificante el sol con sus refulgencias esplendorosas. Abajo, la tierra inmensa y el profundo océano; en torno, rocas de hielo. Y la victoria truena con la tempestad al rozar su frente.

Habiendo tomado el tren en K., pronto llegué a S. De allí partí a pie, ansioso de respirar, libre ya de la insana atmósfera de las calles pletóricas, respirar el aire puro de la campiña, impregnado del aroma de los pinos y las margaritas, que asomaban sus cabecitas en los lugares donde la nieve estaba ya derretida. El camino ascendía con la planicie del río, y a medida que avanzaba era más

estrecho el valle y más abruptos los flancos de la montaña. Aquí y allá agrupados cortijos y rústicas cabañas, agarrábanse a las turgencias rocosas de los montes como buscando protección contra los vientos huracanados que soplan a menudo en aquellos valles.

Cuando el sol, hundiéndose en el horizonte occidental, vertía su luz dorada sobre los nevados picos y la cruz de cobre de la pequeña iglesia del lugar, cuya campana llamaba en aquel momento al silencio del Ave María, llegué a O, el lugar electo como término de mi excursión.

Hallado que hube conveniente hospitalidad en la posada de la villa, me acosté en seguida, ávido de reposo, y a la mañana siguiente me levanté temprano, desvelado por el tintineo de las esquilas de las cabras, que salían en rebaños en busca del pasto campesino.

Ya vestido, me asomé a la ventana. Las sombras nocturnas empezaban a desvanecerse ante la proximidad del día. Apuntaba el alba y ante mis ojos se alzaban los viejos picos de las montañas en hilera sublime. Y vínome a la memoria la descripción que hace Edwin Arnold del panorama que se divisaba desde los ventanales del Vishramvan, del palacio del príncipe Siddartha:

Hacia el norte se erguían inhollados, admirables, inmensos, en interminables cuestas, los albos picos de los Himalayas que, en alineadas hileras de blancura deslumbradora, intentaban asaltar el cielo. Y aquel universo de crestas y picos, de mesetas y cumbres, de verdes pendientes y agujas de hielo, de quebrados barrancos y escarpados precipicios, levantaban a tal altura el pensamiento que parecía llegar al cielo y departir con los dioses.

Pronto emprendí el camino en dirección al valle, a lo largo del río; aquí, la cristalina corriente se estrechaba y convertíase en un riachuelo cuyas aguas bulliciosas, saltando entre peñas, se desvanecían a lo lejos, tranquilas y majestuosas, abriendo sus brazos a través de la llanura.

El valle por el cual avanzaba parecía cortado a trechos por las montañas, mientras otros y otros se abrían sucesivamente a través de ellas. Algunos de esos valles éranme ya de tiempo conocidos. Hacía unos veinte años había vagado entre sus bosques, explorando las ocultas cavernas y las soledades misteriosas. Mas yo tenía conocimiento de un todavía más misterioso valle escondido, que no había explorado antes de ahora y que conducía a un picacho elevadísimo, partido en dos, cuyas crestas inaccesibles no había hollado jamás planta mortal alguna. Y hacia ese valle me pareció que me empujaba una fuerza irresistible jamás sentida.

Avanzaba guiado por el convencimiento de que las aspiraciones secretas y mal definidas de mi corazón podrían quizá ser satisfechas en aquellas soledades

inexploradas, como si anduviera tras la revelación de un misterio que no pueden desentrañar los libros y que me aguardaba al pie de la montaña inaccesible.

El sol no había traspuesto aún el horizonte de la cordillera y los bosques tupidos a derecha e izquierda tenían un matiz uniforme.

A la entrada del valle estrecho y misterioso, el sendero ascendía gradualmente, introduciéndose en la sombra del follaje sobre el flanco de la montaña. Lenta y casi imperceptiblemente subía. Pronto hálleme cerca del riachuelo retozón; mas, a medida que avanzaba, el murmullo de la torrentera se oía más y más distante, y el tropel de espuma parecía desaparecer en la lejanía.

Al fin, la tupida selva hízose más clara; la corpulenta espesura se extendía detrás de mí. Ante mis ojos, en los confines del bosque, se alzaba la desnuda muralla del monte inabordable. A pesar de ello, el camino seguía ascendiendo. Pronto llegó a mis oídos el rumor distante de un salto de agua y hallé de nuevo el lecho del riachuelo montaraz, que parecía ahora un montón de rocas desmenuzadas por algún poder gigantesco, esparcidas acá y allá en salvaje desorden, mientras la blanca espuma danzaba entre los peñascales.

De trecho en trecho aparecían pequeñas islas cubiertas de verdor y permanecían lo mismo que tablas aisladas en un desierto, ya que la combinada acción del aire y del agua había oído y descompuesto buena parte de sus cimientos, semejando terraplenes sostenidos sobre pequeños pedestales; a pesar del tiempo que así permanecían, parecía inminente su desmoronamiento final, por efecto del lento desplome de sus fundamentos.

Yo seguía trepando por el sendero que faldeaba de tanto en tanto el lecho del río y se alejaba a veces, escalando otras los peñascos perpendiculares o descendiendo a las honduras de las barrancas formadas por las nieves derretidas. Y así fui penetrando en el valle misterioso, cuando el alba clareaba con sutiles resplandores las pequeñas cumbres sobre mi cabeza. Una de ellas aparecía coronada por un halo de luz que iluminaba débilmente las hondonadas del valle. Un ligero vientecillo estremecía las copas de los árboles y el follaje de los abedules que salpicaban los pinares, parecía temblar en los brazos acariciadores de la brisa matutina. No se oía ruido alguno más que, de vez en cuando, el piar de un ave o, más resonante aún, el grito de un gavián que se elevaba formando espirales en el espacio, oteando la presa del día.

Entonces, las rocas salientes y las crestas grises empezaron a platear, bañadas por un tinte pálido, mientras que en las hendeduras y anfractuosidades de las rocas las brumas azules parecían defenderse de la luz. Bajando los ojos, vi la larga perspectiva del valle, y a lo lejos la corriente que se dilataba en la planicie abarcando más lugar a medida que avanzaba, formando pozuelos y estanques en medio de las praderas. En la parte opuesta del valle, hundían las montañas sus

cimas afiladas en el cielo y entre sus profundos intersticios veíanse elevarse otras cimas.

El pie de la cordillera aparecía recubierto de oscura vegetación; las pendientes de las montañas ofrecían infinita variedad de colores, desde el negro casi puro de las rocas cercanas al llano hasta la etérea blancura de los últimos picachos, donde las cintas delicadas parecían confundirse con el pálido azul del cielo.

Aquí y allá aparecía el suelo con manchas de luz, que esclarecían a hurtadillas las resquebrajaduras de las peñas y clareaban la selva entre las ramas de los árboles, presagiando el dominio del astro del día. Así, los elevados picos gozaban de la cálida luz matutina ante que su brillo hiriera los profundos valles; mas, a medida que el sol rociaba de esplendores la cumbre de la montaña, disipábanse las sombras de las profundidades.

Por fin, llegó el momento solemne: el sol se alzó con divina majestad sobre las elevadas cimas, apareciendo visible para todos; esfumáronse las sombras y un raudal de luz cayó sobre el valle, iluminando la selva sombría y penetró en las cavernas abiertas en las rocas y resplandeció su lumbré reflejada como en un espejo cegador sobre los glaciares y las planicies nevadas, puliendo las superficies rocosas y orlándolas de matrices infinitos.

El camino contorneaba un recodo de la montaña y súbitamente columbré enfrente de mí la cima inaccesible. Entre el paraje donde me encontraba y la base del monte se extendía una llanura casi estéril, hollada de pedruscos que parecían la mayor parte desprendidos de la montaña misteriosa, fraccionándose al caer. Aquí y allá pequeños trechos cubiertos de musgo o de una raquílica arborescencia, extendía sus verdes ramas de formas fantásticas en la falda de la montaña, hacia las murallas grisáceas de la cumbre o hasta los gigantes centinelas de temible aspecto, eternamente velantes, que, inmóviles, parecían defender la fortaleza contra los ataques de la vegetación, que rechazaban hacía el valle.

Y así, el perpetuo combate librado desde edades incalculables, continuaba; mas el frente de los dos ejércitos cambiaba insensiblemente de año en año. Inmutables como las verdades eternas, erguíanse las rocas grises sobre las cimas calvas. Alguna vez la vegetación intentó invadir su reinado, como las ilusiones se aproximan a la realidad, pero la muerte vencía; cada año desaparecían las manchas verdes bajo la tumba de las rocas desprendidas; pero de rechazo, la vida se alzaba victoriosa, ya que entre el resbalar de las rocas en decrepitud, brotaba la vida nueva sobre sus caras yermas.

En la formación calcárea de las montañas alpinas, las rocas carcomidas por las lluvias y los vientos tomaban a menudo los aspectos más fantásticos, cuyas formas sugerían los nombres dados a las montañas. Poca imaginación requería la visión del Wilden Kaiser para contemplar en la estructura de su cumbre la figura

del emperador Barbarroja, con su luenga barba bermeja, su corona y su espada, insensible al frío del invierno como a las ardentías estivales, esperando su resurrección; descubriendo en las formas del Hochvogel un águila con las alas tendidas, en el Widerhorn los cuernos de un macho cabrío, y así sucesivamente.

En la base del monte y en el valle aparecía el suelo cubierto de breves peñascos esparcidos y de montones de arena, en medio de los cuales la planta llamada pie de asno (*Tussilago fáfara*) extendía sus largas hojas verdes y las azules campanillas del capuchón de monje (*Aconitum napellus*) balanceábanse sobre sus tallos. En algunos parajes solitarios, enramábase la célebre edelweiss (*Guaphalium leontopodium*), semejando por su talla los que crecen sobre el Popocatepetl, en Méjico o en las cordilleras de la América del Sur. Podemos encontrar también la Genciana montañosa, la Rosa alpina, la Mandrágora, el Árnica montana, la misteriosa Hipericon y muchas otras curiosas plantas, llenas de virtudes curativas y de propiedades maravillosas.

Siempre que una cantidad suficiente de tierra se acumulaba permitiendo el arraigue de un árbol, un más fecundo género de vegetación aparecía, ya que el pequeño espacio de tierra no era bastante profundo para ofrecer una sólida base a las raíces de un árbol corpulento. Podían alcanzar una cierta altura, mas un día, un furioso huracán barrería las cumbres de la montaña y empezaría la devastación.

Cadáveres de viejos árboles, cuyas raíces se agarraban en la mole gris, mostraban aquí y allá sus troncos sin corteza, como huesudos brazos tendidos al cielo, implorando socorro en la hora postrera, sin ser escuchados; pequeñas extensiones de arbustos los rodeaban, cubriéndolos como parásitos sobre los cadavéricos despojos.

La primavera avanzaba; mas en el corazón de las montañas, las estaciones se entrelazan. Las hojas amarillas y rojas, pintadas por el otoño, se mezclaban con la verde pompa de los pinos menudos. El musgo, agarrado a las escarpaduras de los precipicios, mostraba su rojizo matiz cual fruto de su caída, y en multitud de hendeduras y cavernas, retardaba el deshielo la nieve acumulada en el pasado invierno. Mas, por encima del rojo y verde y de la nevada albura, la masa gris de las cumbres elevábase en una secesión de picachos y pilares con sus cúpulas y campanarios, semejando una ciudad construida por los dioses. A lo lejos, se extendía la comba azul y gris del cielo.

Pequeñas cataratas desprendidas de la altura chocaban, al caer, en los salientes promontorios y descendían convertidas en abanicos de espuma hasta las vastas profundidades. Las rozas, horadadas, indicaban el empuje y la fuerza que esas pequeñas pendientes podían alcanzar cuando se unía a ellas el ímpetu desbordante de las licuadas nieves de los cimaes.

Cobré nuevos bríos, contemplando breves instantes la sublimidad de la escena, y proseguí el camino, aproximándome a un pequeño riachuelo desviado de la catarata distante. Seguí bordeándole. El agua era tan clara, que distinguíanse admirablemente los minúsculos guijarros del fondo. Tan pronto aparecía inmóvil como un cristal líquido atravesado por los rayos del sol, como detenido por algún obstáculo espumeaba la corriente en su lecho rocoso en un acceso de rabia súbita, mientras que en otros lugares brincaba en pequeñas cascadas sobre las peñas lucientes, formando minúsculas cataratas de variados colores.

Nada en esos contornos acusaría la presencia del hombre, si algún tronco mutilado no mostrara las humanas tendencias destructivas. Algunas viejas ramas podridas habían retenido en sus cavidades el agua de la lluvia, que relucía al sol como pequeños espejos en los que sin duda se contemplan las ondinas; alrededor de ellos crecían diminutas setas, que la imaginación transforma en sitios, mesas y pabellones para los elfos y las hadas. Aquí, el musgo alfombraba el suelo y algún que otro abeto extendía sus hojas ásperas a la luz del sol.

A corta distancia divisé un bosquecillo de pinos, como una isla en un desierto, y hacia allí encaminé mis pasos. Una vez en él decidí reposar, admirando las bellezas naturales. Tendíme sobre la hierba, a la sombra de un gran pino. La música del riachuelo percibíase una cascada que las rocas prominentes rompían con estrépito en lluvia de perlas, y a través de ellas, al caer, divisábanse todos los colores del iris. Más abajo, descomponíanse las perlas en una blanca nube, que caía en la hondonada que formaba una ancha roca y por un tajo tapizado de musgo precipitábase el caudal espumante hacia el valle, para unirse al curso principal del río.

Durante largo tiempo seguí examinando el curso del agua, y cuanto más lo contemplaba, más vivo parecía, tomando formas extraordinariamente singulares: seres sobrehumanos de extraordinaria belleza parecían danzar entre la espuma, sacudiendo sus cabezas al sol y desprendiendo de sus cabellos ondulantes las gotas del líquido argentino. Sus risas resonaban como las de los saltos de Minehaha y por entre las hendeduras rocosas asomaban sus rechonchas caras los pigmeos y los gnomos, mirando disimuladamente el danzar de las hadas.

Encima de la cascada, parecía vacilar la corriente antes de lanzarse al precipicio: mas al aproximarse a él, los obstáculos irritaban su marcha plácida, impacientes de precipitar su curso, mientras que abajo, en el valle, en el momento de unirse con su hermano, bramaba éste gozoso, como dándole la bienvenida por su retorno, celebrando juntos su unión final con exaltado júbilo.

¿Cuál es la razón de que imaginemos tales cosas? ¿Por qué dotamos de humana conciencia y de sensación los llamados objetos inanimados? ¿Por qué en nuestros momentos de expansión no estamos satisfechos de vivir dentro de un cuerpo y nuestra conciencia aspira a huir de su prisión para fundirse en la vida del

Universo? ¿Es acaso nuestra conciencia nada más que un producto de la actividad orgánica de nuestro cuerpo denso, o bien una fracción de la vida universal concentrada, por decirlo así, en un recinto en el interior de la materia física? ¿Depende la existencia de nuestra conciencia personal de la vida del cuerpo y, una vez desaparecido éste, muere con él, o bien existe aparte de la entidad transitoria una conciencia espiritual, invisible y superior al hombre, unida temporalmente a la envoltura física, pero susceptible de existencia independiente de ella?

Si mentalmente podemos flotar sobre la comba de las cimas montañosas deslizándonos gradualmente en las profundidades y ascender otra vez a las alturas, examinando las cosas que a nuestra imaginación aparecen, ¿por qué nos sentimos invadidos de esa sensación de plenitud y de goce, como si estuviéramos realmente allí, dejando el cuerpo tras de nosotros, ya que su grosera materialidad le impide acompañar el vuelo del espíritu hacia las cumbres inescalables?

Verdad es que una parte de nuestra vida y de nuestra conciencia debe integrar la material envoltura a fin de que pueda continuar viviendo durante nuestra ausencia, presidiendo, al mismo tiempo, las funciones vitales; mas todos conocemos los relatos de sonámbulos y de personas en estado extático, en que el alma, acompañada de todo su poder consciente de sensación y de percepción, permanece ausente de la forma, muerta en apariencia, y visitando los lugares distantes, yendo y viniendo con la rapidez del pensamiento, transmitiendo y describiendo los acontecimientos que allí ocurren y cuya exactitud corroboramos luego.

¿Por qué descubrimos doquiera, el hálito de la vida, incluso en lo inanimado, si solamente nos concentramos en un estado que nos permite percibirlos como si en realidad vivieran?

¿Puede existir la materia inerte en el Universo? ¿No existe la piedra por efecto de la cohesión de sus partículas y atraída al corazón de la tierra por la ley de la gravitación?

Y esta cohesión y esta gravitación, ¿no son acaso la energía aquella y ésta el alma, el principio interno llamado fuerza y que produce una manifestación exterior llamada materia y que debe ser, en último caso, idéntica a la fuerza, a la substancia, sea cual fuere el nombre con que denominemos un hecho de cuya realidad no poseemos noción alguna? Si es verdadero este punto de vista, entonces, todas las cosas tienen vida, todas tienen alma y pueden existir otros seres y otras almas cuyas formas exteriores no sean tan groseras como las nuestras y que permanecen, por lo tanto, invisibles para nuestros sentidos físicos, aunque son susceptibles de que los perciba el alma.

En el silencio de la naturaleza, los pensamientos se transforman en sueños lúcidos y los sueños se convierten en visiones. En medio de aquella quietud solemne hubiera querido permanecer todo el resto de mi vida, compartiéndola con los amigos afines a mis ideas. Pensaba cuán felices, unidos, podríamos ser y adquirir la sabiduría por común interés, vislumbrando idéntico objeto. Aquí, lejos de la vanidad y el vacío de la vida mundana, desenvolveríamos una más clara visión mental, una más firme concentración de pensamiento y un más elevado concepto de la verdad sobre los misterios de la vida y del hombre. Nuestros sentidos se agudizarían en la percepción de las cosas internas como en las externas. ¡Qué altos vuelos tomaría el conocimiento de nuestra propia naturaleza! ¿Qué valor tendría entonces la vulgaridad de la esclavizante mentira societaria, y qué nos importarían los cotidianos acontecimientos de ese manicomio llamado mundo? Aquí, podríamos vivir placenteramente la vida interior, al abrigo de las necrománticas prácticas de la sociedad, que todos los días y a todas horas nos fuerza a vivir hipócritamente exteriorizados y a reverenciar la deidad de la moda, que menospreciamos en nuestro fuero interno.

¿Sería una vida tal, útil y conveniente para nosotros y para los demás? Si es cierto que el mundo y nosotros formamos juntos una correlación de ideas, ¿qué mejor que estas soledades para hallar las más benéficas condiciones y, absorbiéndonos en ellas, intensificar y mejorar las ideas? Es imposible que ellas y los pensamientos no sean más que existencia real, tan real y quizás más duradera que ilusiones; deben tener necesariamente una existencia real, tan real y quizás más duradera que las cosas objetivas, ya que nosotros sabemos que las ideas, como los frutos, están sujetos a ley de nacimiento y madurez; cada vez que alcanza una idea su estado de sazón, aparece en el horizonte mental del mundo y a menudo sucede que, espíritus igualmente predispuestos, las perciben a un tiempo mismo.

Un hombre capaz de comprender y readoptar ideas exaltadas a la material expresión, puede hacer mucho más para bien del mundo viviendo aislado en la soledad, que no entre el mundanal bullicio, donde su obra puede ser entorpecida por los quehaceres de infinita importancia y donde mueren de inanición, cayendo otra vez sobre el gran espejo, la luz astral, y yaciendo de nuevo en la memoria del mundo, aguardando el momento de ser aprovechadas por otros.

¿Qué es, después de todo, el ser que llamamos hombre? ¿Qué este animal, este viviente organismo de carne, sangre y huesos, que vive algún tiempo y muere y que la inmensa mayoría tiene en tan grande estima como si fuera su propio principio inmortal y por el bienestar del cual sacrifican hasta el amor propio, la dignidad, el honor y la virtud? ¿Y qué es, sino un animal en el que predomina una actividad intelectual de un orden más elevado que el del común de los animales? ¿Puede ser resultado esta actividad intelectual de las mecánicas, químicas y fisiológicas actividades de la materia inerte? Y, si no lo es, ¿cuál fuera la causa de esta actividad y podría ésta existir independientemente de la forma? ¿Qué es un

hombre sin inteligencia? Si es ésta un atributo del espíritu, como debe ser necesariamente ¿qué es, pues, el hombre sin espíritu y sin inteligencia espiritual?

Mientras continuaba en mis meditaciones sobre tal cuestión, oí una risa estúpida cerca de mí. Tan sumido estaba en mis propios pensamientos, que no me había percatado de la llegada de un extranjero; mas, levantando los ojos, vi a mi vera a uno de esos seres humanos medio imbéciles que encontramos a menudo en las montañas de Suiza y de Saboya.

Algún tanto sorprendido y asustado, al mismo tiempo que visiblemente contrariado por esta desagradable interrupción, pregúntele algo adustamente:

- ¿Qué queréis?

Observé una extraña mueca en su cara de enano, que tal parecía, al tiempo que me respondía:

- El Maestro me ha dicho que os guiara hasta su mansión.

Permanecí sorprendido por tales palabras, hasta que, convenciéndome de que, tratándose de un idiota, no podía esperar ninguna respuesta inteligente, le pregunté de nuevo:

- ¿Quién es vuestro Maestro?

- Imperator - me contestó

Y como al pronunciar esta palabra viera una chispa de inteligencia en sus ojos, y adivinando por el tono de su voz, que al Imperator, quienquiera que fuese, obedecía implícitamente el enano, traté de indagar por todos los medios de quién se trataba y a dónde vivía, pero todos mis esfuerzos para obtener un definitivo resultado fueron inútiles ante el que aparecía evidentemente como un idiota, quien no hacía otra cosa que repetir, gesticulando, las palabras ya citadas.

En consecuencia, determiné por fin acompañarle, aguardando el curioso desenlace de la aventura.

Precedíame el imbécil y yo le seguía camino de la base de la inaccesible montaña. De cuando en cuando, volvíase para ver si continuaba siguiéndole, y yo entretanto marchaba observando su porte y su vestido. No media más que unos tres pies de talla y era visiblemente jorobado. Componía su equipo un traje color castaño y un capuchón que hacía semejarle un pequeño monje capuchino de la orden de San Agustín. La cabeza enorme y el cuerpo comparativamente largo, descansaban sobre unas piernas cortas y flacas, mientras que los pies tenían igualmente una dimensión extraordinaria. Efecto, probablemente, de su breve estatura y del sano aspecto de su colorada faz, parecía un niño; mas la considerable largura de la barba gris, que orlaba su cara, destruía aquella infantil apariencia. En la mano llevaba un cayado tallado de una rama seca, que hallara, sin duda, en el camino.

II EL MONASTERIO TEOSÓFICO

Continúe siguiendo a mi extraño compañero y pronto volvimos a encontrar el sendero que bordeaba el lecho del río. Deslizábase éste apaciblemente sobre un fondo tapizado de blancos guijarros y la profundidad del agua parecía indicar que no estábamos lejos del manantial. Cuando más nos aproximábamos a la montaña, más perpendicularmente talladas aparecían frente a nosotros las rocosas murallas, inabordables a primera vista para todo ser viviente que no fuera un ave. Mas, a medida que avanzábamos, descubrí una hendidura, un hueco practicado en la flanco de la muralla, abierto en forma de túnel o caverna. Franqueamos aquel oscuro paso y observé que penetraba en el interior de la muralla gigante y que conducía a la parte ignorada del vecino valle. Pronto llegamos al extremo opuesto del túnel, y una exclamación de sorpresa y de júbilo salió de mis labios al contemplar la magnificencia del espectáculo que a mis ojos se extendía.

Un valle rodeado de montañas de inexpugnable altura, en el que la naturaleza y el arte parecían unidos para ornato y gloria de una supraterrrestre belleza. Una bahía inmensa semejaba extenderse ante mí, confinando con una especie de anfiteatro natural. La hierba fina tapizaba el suelo, hollada por una clara arboleda y por todos lados bosquecillos y selvas y pequeños lagos y encantadores riachuelos esmaltaban el paisaje. A considerable distancia, se elevaba un sublime picacho rasgando el éter azul, presentando una claridad entre sus rocas suspendidas en el vacío, formando bajo una ola gigantesca petrificada por mágico conjuro.

Las faldas de la montaña formaban rápidas vertientes hacia un declive inferior, para elevarse de golpe hacia una imponente altura.

En presencia de aquella sublimidad, permanecía sumido. Mi acompañante pareció comprender mi silencio y permaneció también inmóvil y riendo como si estuviera satisfecho de mi admiración.

La calma que nos envolvía hubiera sido completa, a no ser por una catarata distante que, a nuestra izquierda, se precipitaba rugiendo en el escarpado abismo, semejando un chorro de plata fluida sobre el oscuro fondo gris de la roca. El ruido monótono de este salto, opuesto a la apacible calma reinante, me recordaba el imperio del tiempo sobre el reinado de la eternidad. Me hallaba en un mundo distinto, al que no estaba habituado: el aire parecía más puro, la luz más diáfana, la hierba más verde, comparados con el que se extendía allende el túnel; creía encontrarme en el valle de la paz, en el paraíso de la felicidad y del contento.

Contemplando las lejanas alturas, parecíame distinguir en la cima de un monte algo que semejaba un palacio, una fortaleza o una especie de monasterio. A medida que a él me aproximaba, pude convencerme de que se trataba de un

edificio de piedra cuyos altos muros, asomando por encima de la copa de los árboles que le rodeaban, coronaba una cúpula como si fuese un templo.

La apariencia exterior indicaba la solidez de los muros. Tenía la construcción forma rectangular; mas su arquitectura no ofrecía un estilo simétrico, ya que, multitud de torrecillas, balcones y galerías, orlaban aquí y allá las paredes.

Al otro lado del valle, la naturaleza no era menos sublime inspiradora. Gigantes de maciza roca erguíanse a extraordinaria altura, en el acerado azul del cielo.

Grandes espesuras de blancas nubes rodeaban coronándolas, las más altas montañas, dejando solamente al descubierto las cumbres calvas, que parecían separadas del cuerpo principal de la montaña. La parte inferior de las nubes distinguíase en sombra, mientras la superior aparecía iluminada de un pálido color fantástico que, al mirarlo deslumbraba. Allí donde las masas nubosas descasaban sobre el cuerpo de la montaña, creía contemplar un mundo en destrucción. Parecía como si las entrañas montañosas hubieran sido arrancadas y la informalidad desolada de aquel haz rocoso no fuera interrumpido más que por las franjas de nieve que cubrían las resquebrajaduras abiertas en sus faldas.

Llegamos a una amplia avenida que conducía al edificio, y distinguí a lo lejos la figura de un hombre de imponente y noble apariencia, que se aproximaba. Iba envuelto en una túnica amarilla y a su paso rítmico, flotaba la negra cabellera.

Cuando el idiota vislumbróle, corrió hacia él, prosternóse a sus plantas y desapareció.

Hallábame sorprendido por tal extraordinario encuentro, mas no tuve tiempo de reflexionar, ya que el desconocido dirigíase hacia mí, dándome la bienvenida. Aparentaba tener unos treinta y cinco años. Era de elevada estatura, y su mirada, dulce y bondadosa, penetraba en el fondo de mi ser, pareciendo descubrir mis más íntimos pensamientos.

- Es, seguramente un Adepto – Pensé yo.
- Sí – respondió el recién venido, leyendo en mi interior –O halláis realmente entre los Adeptos en quienes tanto habéis pensado, y en cuya presencia anhelabais encontraros. Yo os conduciré a nuestro templo, y conoceréis a algunos de los Hermanos de la Rosa – Cruz de Oro.

Mientras hablaba, iba analizando yo su figura y no me parecía desconocida. Descubría en su persona un algo que me era tan familiar como si les conociera ya de muchos años; pero en cambio, no podía hallar su imagen en mi memoria. En vano torturaba mi cerebro tratando de descubrir dónde y cuándo le conocí, o cuando menos a alguien que se le asemejara. Mas de nuevo el Imperator dela

Sociedad Rosacruziana, ya que de él se trataba sin duda, respondió a mi interno pensamiento de esta manera:

- Tenéis razón, no somos desconocidos, ya que muy a menudo he permanecido a vuestro lado, y cerca de vos, aunque no os percatarais de mi presencia. Yo he dirigido las corrientes de ideas brotadas de vuestro cerebro mientras, elaborándolas, les dabais forma escrita. Muchas veces habéis visitado ya este lugar durante el reposo de vuestro cuerpo físico y conversado conmigo y con mis Hermanos; mas, al volver otra vez a vuestra material morada, no podía el alma imprimir en la memoria de aquélla el recuerdo de los acontecimientos vividos y de las experiencias trascendentales, que permanecían olvidadas durante la vigilia, sin medios apropiados para su consciente transmisión. La memoria de la forma animal no retiene más que las impresiones grabadas en ella por los sentidos externos; la memoria del espíritu no se despierta hasta cuando vivimos en el estado espiritual.

Dije yo al Imperator que consideraba aquel día el más feliz de mi vida, y que sólo sentía no me fuera posible permanecer siempre allí, ya que me reconocía todavía indigno de morar en la compañía de tan elevados seres.

- Os permitiremos el tiempo suficiente para que os capacitéis de todo – respondió el Maestro – Sabréis cómo vivimos. Mas en cuanto a permanecer aquí de una manera definitiva, es por ahora de todo punto imposible. Hay aún demasiados elementos inferiores y potencialidades animales adheridos y formando parte de vuestra naturaleza, que no podrían resistir mucho tiempo la destructiva influencia y el ambiente espiritualmente puro de este retiro; y como no poseéis todavía en cantidad suficiente los responsivos elementos verdaderamente puros en vuestro organismo para que permanezca firme e inalterable, sucumbiríais pronto, falto de poder y fuerzas, como si os consumierais; caeríais en baja en lugar de lograr la felicidad y moriríais.
- Maestro – respondíle - ¿ No podré siquiera abrigar la esperanza, durante mi permanencia aquí, de adquirir los grandes poderes espirituales que poseéis, con cual ayuda se dice poder transformar las cosas y transmutar los metales brutos en oro?
- Nada hay de misterioso o de pasmoso en ello, amigo mío – dijo el Imperator – tales hechos no son más admirables y asombrosos que los ordinarios fenómenos de la naturaleza que diariamente contemplamos. Su misterio no existe más que para quienes los prejuicios y las ilusiones interceptan la visión de la verdad. No debíamos permanecer más atónicos ante tales fenómenos que mirando la luna rodar en torno de la tierra u observando el crecimiento de un árbol. Todo no es más que efecto de este poder primordial, único, llamado voluntad; por el cual vino el mundo a la existencia. Puede ella manifestarse de múltiples maneras y en los siete distintos planos de actuación como fuerza

mecánica o como influjo espiritual; pero es simplemente el mismo poder divino y único de la voluntad movida por el armonioso conjunto instrumental del organismo humano, dirigido por la inteligencia.

- Entonces – dije yo - ¿el intentar fortalecer la voluntad debe ser lo más inmediato y necesario?
- No – me objetó entonces el Imperator – la voluntad es una fuerza universal, que sostiene entre si los mundos en el espacio y es causa de las revoluciones planetarias; existe doquiera y lo penetra todo y no tenéis necesidad de fortificarla, ya que ella es en sí suficientemente poderosa para el logro de lo permitido. Vos no sois más que un instrumento por el cual medio puede esta fuerza universal actuar y manifestarse y podéis experimentar la plenitud de su poderío si no tratáis de ofrecerle resistencia. Pero si imagináis poseer una voluntad vuestra en la que la acción difiera de la universal voluntad, no hacéis, en realidad, otra cosa que sustraer un fragmento insignificante de ella, oponiéndola a la grande fuerza original. Si os imagináis en posesión de una voluntad exclusiva y propia, entráis al instante en conflicto con la potencia energética del universo; y siendo, como sois, una partícula insignificante de él, seríais anulado, causando vuestra propia ruina...

Vuestra voluntad no puede usar de su poderío más que cuando corre pareja con la voluntad del Espíritu Universal; ella será tanto más fuerte cuanto menos la empleéis en beneficio propio, y para ello debéis permanecer siempre obediente a la ley.

¿En qué forma podemos entonces llevar esto a cabo? – Pregúntele -. Si nada podemos lograr por la fuerza de nuestra propia voluntad, tanto importa que no tratemos jamás de esforzarnos en el logro de cualquier cosa, sino dejar que la Naturaleza cumpla su objeto sin nuestra ayuda.

Nada útil podemos alcanzar para nuestro provecho, - respondió el Maestro – pero es legítimo subyugar la Razón y la Inteligencia para servicio y guía de la fuerza voluntaria universal existente ya en la Naturaleza para conducirla; y así podemos precipitar el ritmo de la vida inconsciente de más lento cumplimiento sin nuestro auxilio y ayuda.

El molinero que emplea el agua del río para dar impulso a su molino, ni crea el agua ni intenta remontar su corriente de nuevo al manantial, sino que conduce simplemente el líquido por ciertos canales y se sirve del curso de las aguas, ya existentes, para el cumplimiento de su objetivo.

Del mismo modo obra el Adepto. Conduce, por medio de su inteligencia, la fuerza latente y con tal procedimiento ajusta los hechos a la ley natural.

La inteligencia es, quizá la única cosa que puede el hombre llamar propia y la más elevada, por cual medio le es dado aspirar a la percepción y la comprensión de la universal verdad.

¿Veis aquella nube que rodea la cima de la montaña? – continuó el Adepto -. Allí permanecerá hasta que el impulso del aire la deshaga o descienda o remonte. Si nosotros la dispersamos empleando sobre la densa masa las fuerzas universales de la Naturaleza obramos bajo la guía de la inteligencia.

Y, diciendo estas palabras, tendió el Maestro las manos en dirección a la montaña, señalando la cumbre, que envolvían las circulares nubes y en el mismo instante pareció como si la vida se infundiera en su densa masa, que empezó a danzar y moverse en torbellinos, hasta que por fin elevóse como una columna de humo hacia la montañosa cresta y hendió la atmósfera, dando al monte el aspecto de un volcán. Por fin, condensóse otra vez en los aires, formando una nubecilla plateada que atravesaba el sol con sus rayos.

Sorprendido permanecí ante tal manifestación del poder sobre unas nubes, mas el Adepto, leyendo en mi pensamiento, dijo:

- La vida palpita doquiera y es universal e idéntica a la voluntad. No es un producto del hombre y, por tanto, no puede monopolizarla. De ella recibe éste un limitado patrimonio al venir al mundo. La Naturaleza le provee y se le presta y a ella debe restituirla al partir de él. Sólo el que ha logrado fijar una cierta cantidad de principio vital en su permanente yo interno, puede llamar suya esta energía y retenerla más allá del mundo de la forma.

Durante el diálogo nos fuimos aproximando lentamente al edificio, hasta permitirme ya la distancia el examen minucioso de los detalles de la fachada.

El edificio, de forma cuadrangular, parecía no tener más que dos pisos, de habitaciones muy altas, y estaba rodeado de vastísimo parque o jardín de corpulentas encinas y de multitud de otros árboles. Siete gradas de mármol blanco conducían al vestíbulo principal, protegido por dos macizos pilares de granito y en el dintel aparecía grabada en letra de oro, una inscripción que así rezaba: 'Tú que entras, deja tras de ti los malos pensamientos'.

Franqueamos la entrada y nos hallamos en el interior del vestíbulo, enlosado de piedras lisas. En el centro, se alzaba sobre un pedestal la estatua de Gautama el Buda. Los muros aparecían orlados de inscripciones doradas, representando algunos de los principales preceptos de la doctrina de los antiguos sabios. A derecha e izquierda, varias puertas daban acceso a largos corredores, que conducían a los diversos departamentos de los Hermanos. Mas la puerta fronteriza a la entrada conducía a un hermoso jardín, en el que divisábanse multitud de plantas parecidas a las que crecen en los países tropicales. En el

fondo del jardín se alzaba otro edificio de mármol blanco, que remataba una cúpula que yo había divisado de lejos, apenas atravesado el túnel, y sobre cuya cima aparecía un dragón de plata sobre un globo de oro.

- Este es el santuario de nuestro templo – dijo el Imperator – y su puerta debe permanecer cerrada para vos. Si intentarais franquearla, la muerte inmediata de vuestra personalidad sería la consecuencia. Además, de nada os serviría, aun siéndooos allí posible la vida, ya que en este santuario todo aparece oscuro para el que no lleva en si la luz del espíritu, la lámpara inextinguible de la divina inteligencia, para alumbrar las tinieblas.

Avanzamos por uno de los corredores. A nuestra izquierda, numerosas puertas conducían a las celdas de los Hermanos. Mas a la derecha, horadaban el muro diversas aberturas que daban al jardín de plantas tropicales, y tapizaban los intervalos entre tales aberturas las pinturas de magníficos paisajes. Uno de ellos representaba una visión de la India, con los Himalayas cubiertos de blanca nieve en el límite, mientras que en el primer término representaba una especie de pagoda chinesca, y a breve distancia un pequeño lago entre verdes colinas.

- Estas pinturas – explicó el Maestro – representan los diversos monasterios y almacerías de nuestra Orden. La que tenéis al frente, se halla situada a la orilla de un lago, en el corazón del Tibet, y la ocupan algunos de los más elevados Adeptos. Cada uno de tales cuadros muestra al mismo tiempo una parte del paisaje donde el monasterio se halla situado, al objeto de dar una idea ajustada del carácter general de la localidad. Mas tales pinturas poseen la oculta propiedad de aparecer vívidas y reales si concentráis vuestro pensamiento en cualquier punto de la escena.

Hice lo que se me insinuaba. Enfoqué mi atención en el gran portal de la lamasería y la puerta se abrió, con grande asombro mío, apareciendo un indio de corpulenta presencia, vestido de ropas resplandecientes y cubierta la cabeza con un turbante de seda amarilla pálido. Reconocible inmediatamente como uno de los Adeptos tibetanos que había visto en mis lúcidos sueños. Pareció también reconocermme y bajó la cabeza sonriendo, mientras inclinábame yo reverentemente ante él. Un servidor enjaezaba un caballo entretanto: montó el Adepto después y desapareció.

Permanecí mudo y estupefacto; mas el Imperator, sonriendo, me condujo de nuevo, citándome un pasaje de Shakespeare, ligeramente modificado, que decía: “Infinidad de cosas existen en el cielo y en la tierra que no conocen ni comprenden vuestros filósofos”.

Pasamos luego delante de una amplia pintura, representando una escena egipcia, con un convento en primer término y unas pirámides a cierta distancia. Ofrecía

una apariencia más velada que el primero, sin duda a causa de los grandes espacios desiertos que parecían rodearle.

La pintura siguiente representaba un edificio parecido, situado en un país tropical y montañoso, y el Adepto me dijo que estaba emplazado en cierto lugar de las cordilleras de la América del Sur. Otro, mostraba un templo mahometano, con sus minaretes y la media luna en su cúspide.

Expresé mi sorpresa al ver todos los sistemas religiosos del mundo representados en las órdenes rosacruceanas, ya que siempre había creído que los Rosacruces constituían una orden eminentemente cristiana.

El Imperator, leyendo de nuevo mi pensamiento, corrigió mi error.

- El nombre Orden Rosacruziana u Orden de la Rosa – Cruz de oro – dijo – es una invención comparativamente moderna, que fue empleada al principio por Juan Valentín Andrea, quien inventó la historia del caballero Cristián Rosacruz con el mismo fin que inventó Cervantes su “Don Quijote de la Mancha”, es decir, con objeto de ridiculizar los pretendidos Adeptos reformadores y falsificadores de oro de su época, cuando escribió su célebre “Fama Fraternitatis”. Anteriormente a la aparición de su libelo, el nombre de Rosacruz no significaba una persona afiliada a una sociedad organizada bajo tal nombre, sino un determinativo genérico aplicado a todos los Ocultistas, Adeptos y Alquimistas indistintamente, de hecho o que pretendían estar en posesión de cierto conocimiento oculto, y que, en consecuencia, poseían el significado de la Rosa y de la Cruz, símbolos adoptados por la Iglesia Cristiana y que no pudo inventar, porque fueron empleados por todos los ocultistas millares de años antes de que Cristo fuera conocido. Tales símbolos no pueden partir exclusivamente de la Iglesia Cristiana, y por eso no pueden ser por ella monopolizados, sino libres como el mismo aire y patrimonio exclusivo de los capaces de abarcar su significación. Desgraciadamente, bien pocos Cristianos lo comprenden, limitándose su culto a las formas exotéricas e ignorando el vital principio que tales formas representan.

Entonces – observé yo – un hombre cualquiera, espiritualmente despierto, puede convertirse en un miembro de vuestra Orden, aunque no practique ninguno de los dogmas llamados cristianos.

A ello respondió el Imperator;

No puede de ningún modo convertirse en miembro de nuestra exaltada Orden, quien basa su saber en dogmas, credos y creencias o en opiniones que le han sido por cualquiera enseñadas o que las sabe de oídas o de leídas. Tal ciencia imaginaria no puede ser la suya real. Sólo podemos saber lo propiamente experimentado, lo que por nosotros sentimos, vemos y comprendemos. Lo que generalmente tenemos por ciencia no pasa de ser un simple mecanismo de la memoria. Podemos almacenar en ella innumerables cosas, que lo mismo pueden

ser verdaderas que falsas. Mas aun siendo verdades, ningún provecho reportan al conocimiento real, ya que éste no puede ser nunca comunicado por un hombre a otro hombre, sino sólo servir a éste de guía en el camino donde le es lícito adquirirlo. Es preciso que por sí mismo alcance la verdad, no solamente por medio del intelecto, sino intuitivamente, por el corazón.

Para alcanzar la verdadera ciencia, debemos sentir la verdad de una cosa y comprenderla, comprendiendo la razón del por qué no puede dejar de serlo. Creer la verdad a pie juntillas, sin poseer el profundo conocimiento de ella, es simplemente una superstición, y consecuentemente, todas vuestras especulaciones científicas, filosóficas y filológicas están basadas en la superstición y no en la percepción de la realidad.

La ciencia y los conocimientos de vuestros filósofos y teólogos modernos, sufren el continuo peligro de ser tergiversados por cualquier posterior descubrimiento, que no pueden explicar sus artificiosos sistemas de enseñanza, ya que éstos están basados en la experiencia sensorial y en la argumentación lógica. La verdad no puede mistificarse ni admite la argumentación, y una vez vislumbrada por el espiritual poder perceptivo y comprendida por la superior inteligencia del hombre, le comunica el don del conocimiento real y no pueden ofuscarle jamás las externas perturbaciones.

De consiguiente, nuestra Orden ninguna labor directa tiene respecto de credos, creencias y opiniones de todo género, ni les concedemos importancia alguna, ya que lo único verdadero es el conocimiento real. Si nos hallamos en condiciones de recibir la verdad por medios directos, ninguna utilidad tienen los libros y los instrumentos, ni tendremos necesidad de la lógica ni de los experimentos. Pero en cuanto logramos un peculiar estado de perfeccionamiento, no nos detenemos tampoco en eso, sino que vivimos en el estado de perpetuo Nirvana. El hecho es que continuamos siendo hombres aun después de trascendido el nivel del animal intelectual, generalmente llamado hombre, y que no está todavía regenerado. Nos servimos aún de los libros, poseemos una biblioteca y estudiamos las opiniones de los pensadores, mas no aceptamos tales libros como guías infalibles, aun cuando vinieran del mismo Buda, a menos que lo sancione nuestra íntima razón y entendimiento. Los veneramos, no obstante, y los usamos; pero como servidores, y nunca sujetando nuestro pensar a las teorías que sustentan.

Durante el curso de tal conversación penetramos en la biblioteca, donde millares de libros llenaban ordenadamente los estantes. Descubrí multitud de antiguos textos que había oído citar, pero que jamás había visto; allí se encontraban los libros sibilinos, que se decían destruidos por el fuego; las obras de Hermes Trismegisto, de las que tenía entendido existía solamente un ejemplar, y multitud de obras de valor incalculable para el anticuario o para el estudiante de la filosofía hermética.

Al preguntar yo, asombrado, de qué medios se valieron los Hermanos para estar en posesión de tales tesoros, respondiíme el Imperator:

- Ciertamente, no es extraño os halléis sorprendido al considerarnos en posesión de libros que no existen y cuyo secreto consiste en que cada cosa y, por consiguiente, cada libro, deja su permanente impresión en la Luz astral y que, por ciertos procedimientos ocultos, podemos reproducir tales impresiones que permanecen archivadas en la memoria universal de la naturaleza, y darles forma visible, tangible y material. Algunos de nuestros Hermanos permanecen muy ocupados en hacer las reproducciones, y de aquí que sin ningún gasto hemos adquirido estas joyas, que a ningún precio hubiéramos podido obtener de otro modo.

Quedé muy satisfecho de aquellas explicaciones, que me confirmaron en la creencia de que la vida de aislamiento no es necesariamente una vida de inutilidad, y que las ideas son cosas reales que se pueden ver y asimilar con mucha más facilidad y en un lugar tranquilo que en medio del tumulto y de las inquietudes mezquinas de la vida en “sociedad”. Respondiendo a mi pensamiento, dijo el Imperator:

- Fundaron este monasterio seres espiritualmente iluminados, guiados por los motivos que ahora pensáis. Y con tal objeto eligieron este lugar en un valle escondido, cuya existencia no es conocida más que de un pequeño número y emplearon ciertas fuerzas elementales de la naturaleza, desconocidas todavía para vos, creando una ilusión que conserva este lugar infranqueable para los importunos.

Cuanto en su corazón sienten latir o develar el oculto germen de la divinidad, despertando a la vida y a la acción, pueden hallar aquí las condiciones requeridas para el completo desenvolvimiento de aquel germen. Reina aquí la paz separado este lugar del mundo exterior por una infranqueable barrera, ya que si alguien lograra descubrir nuestro retiro, nos sería fácil crear a sus ojos nuevas ilusiones, que le impedirían el paso.

No obstante, no estamos excluidos enteramente del mundo exterior, aunque no penetramos en él con los cuerpos físicos. Por medio de nuestros poderes clarividentes y clariaudientes, podemos, en cualquier momento, conocer lo que pasa en el mundo, y si tenemos precisión de entrar en contacto personal con él, abandonamos la envoltura física y salimos en cuerpo astral. Visitamos a quien nos place y somos testigos de todo sin que se sospeche nuestra presencia. Visitamos al hombre de estado, al ministro, al filósofo y al orador; infundimos en su espíritu pensamientos útiles, aunque ignoren de dónde proceden. Sus prejuicios y predilecciones pueden desechar estos pensamientos, mas si usan de la razón y del discernimiento, recibirá los silentes avisos y obtendrán de ellos provecho.

Verdad es que, usando de gran cantidad de fuerza voluntaria, podríamos obrar entre el género humano como si lo compusieran autómatas, obligándoles a lo que nos pluguiera, mientras imaginarán ellos obrar siempre por propia y única inclinación. Mas tal procedimiento fuera contrario a las reglas de nuestra Orden y de las que rigen la Grande Ley que decide que cada hombre debe ser el creador de su propio Karma. Nos es permitido dar consejos, más nunca transgredir la individual libertad.

En nuestro círculo – continuó el Adepto – admitimos a quienesquiera que posean las cualidades exigidas para la entrada, sea cual fuere la creencia religiosa a la que estén afiliados desde antes de adquirido el conocimiento. Mas observad que tales preciosas cualidades no son patrimonio de todo el mundo, ni pueden ser conferidas graciosamente y es verdad reconocida, aun entre los ocultistas de ínfimo grado, que el Adepto no puede ser hecho, sino por si mismo desarrollado.

- Maestro – dije - ¿no es conveniente, acaso, que los deseosos de perfeccionamiento espiritual y de alcanzar el Adeptado elijan un retirado paraje donde residir tranquilamente, entregados a la profunda meditación y a la concentración mental, siguiendo vuestro ejemplo? Yo sé que hoy día muchas personas pertenecientes a diversas nacionalidades, de distintas partes del mundo y de diferentes credos han llegado al convencimiento de que las condiciones en que la mayor parte de hombres y mujeres de nuestra época se desenvuelven, no les conducirían a la rápida adquisición de un estado espiritual más elevado. Creen que los motivos pro que luchan durante su vida comparativamente corta en este globo la generalidad de las gentes, tales como la satisfacción ambiciosa y del orgullo, la acumulación de intereses, los goces del amor sexual, la consecución del bienestar y placer corporales, etcétera, no pueden ser el verdadero objeto de la vida, sino que ésta no es más que una de las numerosas fases de nuestra existencia eterna y que la terrena vida es un medio en vista de un fin, es decir, suministradora de condiciones a través de las cuales el elemento divino, germen contenido de cada hombre, puede crecer y desenvolverse, obteniendo un estado superior como el por vos logrado, sustrayéndose a las transformaciones y a la muerte y, en consecuencia, de un valor permanente.

El Adepto, que había escuchado pacientemente mi entusiasta peroración, sonrió y dijo:

- Si estas personas están lo suficientemente avanzadas y son capaces de soportar esta vida de retrainimiento, que lo hagan; mas para ello es necesario que posean previamente algún conocimiento de la realidad. Sólo los que lo posean serán capaces de vivir juntos armónicamente. En tanto se muevan solamente en el plano de las creencias y de las opiniones, las maneras y gustos de cada cual diferirán hasta cierto punto de los de los demás, y temo que vuestra armónica sociedad no llegue a alguna desarmonía impropia de la apacibilidad necesaria para la concentración interior.

No dudo, no obstante, que, a pesar de estos desfavorables auspicios, puédense obtener considerables ventajas estableciendo comunidades teosóficas en parajes solitarios. Si tuvierais colegios, seminarios, escuelas o sociedades donde se mostrara la verdad sin el accesorio fárrago de errores y de supersticiones teológicas y científicas acumuladas desde tantos siglos, no cabe duda de que se lograría un verdadero progreso. En el actual estado de civilización, dos métodos hay adoptados para la educación del pueblo: uno, tiene por medio la llamada ciencia; otro, la religión. Por lo que a la ciencia respecta, sus especulaciones y deducciones están basadas en la observación y la lógica. Su lógica puede ser buena, más que sus facultades de observación, en que reposan los fundamentos en que se basa, se reducen a su todavía muy imperfecta percepción sensoria y, por consiguiente, vuestra ciencia está basada en las seducciones del exterior y, por lo mismo, es una ciencia superficial e ilusoria, ignorante de la vida interior, mucho más importante que los fenómenos externos.

Vuestra doctrina sobre las leyes fundamentales de la Naturaleza es errónea y, en consecuencia, todas sus deducciones aparecen falsas al instante en que se deja el plano ilusorio.

No os equivoquéis respecto de mis palabras – continuó el Adepto, comprendiendo que no había interpretado su completo sentido – no quiero decir que vuestra ciencia moderna nada conozca de la apariencia externa de las cosas. Conoce, si, lo que ve y comprende, pero es incapaz de percibir otro hecho por los fenómenos sensorios y externos y no puede asimilar más que los efectos del exterior, y poco o nada entiende de las causa invisibles productoras de los fenómenos visibles, y tan pronto como especula sobre este objeto, yerra, ya que las causas no son las consecuencias de sus efectos, sino consecuencia a su vez de causas todavía más profundas y fundamentales de las que la ciencia moderna nada conoce, y que naturalmente, no pueden servir de base a sus conclusiones lógicas concernientes a sus últimos efectos. Ella sabe mucho de los pequeños detalles de la vida, que son los ínfimos resultados de la Vida universal; mas nada conoce del Árbol de la Vida, manantial perpetuo de donde manan los fenómenos transitorios.

En cuanto a vuestra moderna teología, se asienta sobre una interpretación absolutamente falsa de términos, que originariamente quieren significar ciertos poderes espirituales, de los que vuestros sacerdotes y laicos no pueden tener definición concreta, porque no poseen los poderes espirituales necesarios para concebir tales cosas. Se disputan entre sí las cualidades de ciertos principios, mientras que unos y otros ignoran el objeto de la disputa. Siendo sus espíritus estrechos, los grandes e inmutables principios y poderes universales, activos en el inmenso obrador de la naturaleza, háyanse empequeñecidos en sus concepciones hasta llegar a convertirlos en personales y limitados. El poder infinito divino que los hombres llaman Dios, que existe doquiera y sin el cual no habría posibilidad alguna de existencia, háyase reducido, en el espíritu de los ignorantes, a una

divinidad extracósmica, de tal naturaleza, que los mortales pueden incitarle a cambiar de voluntad y que necesita de substituto y diputados en la tierra para ejecutar sus divinas leyes.

Vuestra religión no es la de un Dios viviente, que siempre vela y que ejecuta su propia voluntad, sino la religión de un dios impotente y sin vida, hace tiempo fenecido, que ha dejado a un ejército de sacerdotes gobernar en su lugar. Y, como resultado, vuestras religiones modernas son sistemas de supersticiones, de donde la verdad está excluida. El Dios infinito ha sido derribado de su solio eterno en el corazón humano, y clérigos mortales y falibles han sido erigidos en su lugar. El amor ha huido y el temor gobierna la humanidad. Los individuos de ambos sexos buscan su propia felicidad y olvidan la existencia de los demás. Cada cual quiere ser salvado, en detrimento del prójimo, aspirando a una recompensa que no ha merecido. Piensan todos que vivir es el objeto de la vida y pocos reconocen que la vida del hombre no puede tener más que un objeto razonable: el bien de la humanidad, y que sólo puede lograr la existencia eterna el que ha obtenido el poder de vivir, no en su yo perecedero, sino en el elemento espiritual de la humanidad.

Vuestra teología debiera basarse, antes que todo, en el poder de reconocer espiritualmente la verdad. Mas ... ¿dónde hallar un ministro de Dios poseedor de la perfección espiritual, apoyándose más en su propia intuición que en los dogmas prescriptos pro su iglesia?

Aun suponiendo que osara tener opinión propia y la afirmara, al instante cesaría de ser ministro de su iglesia, siendo considerado hereje.

En nuestro signo "intelectual", todo investigación está subordinada a la intelectualidad. Poco se intenta a favor del desenvolvimiento del poder intuitivo del corazón. Esto hace aparecer vuestra generación como si lo examinara todo con la ayuda del telescopio; ven, pero no sienten lo que ven y la consecuencia es una errónea interpretación de la naturaleza y del hombre.

El hombre no es ni más ni menos que un organismo o instrumento viviente, por intermedio del cual actúa la Vida única universal. Hasta aquí no pasa de ser un animal intelectual. Mas la organización del hombre, especialmente en su cerebro, es muy superior a la del reino animal, y como resultado, es capaz el hombre de convertirse en un instrumento apto para manifestar la más elevada potencialidad del universo llamada principio de la Sabiduría Divina.

El alma es el instrumento por cuyo medio actúa de dentro afuera, influyendo sobre el ambiente, el principio divino. Y el Divino Espíritu indiferenciado halla en este organismo medio a propósito para acrecentar en forma individualizada el necesario espíritu para su desenvolvimiento y el elemento de donde puede extraer la energía. Durante el período en que ignora el hombre el evolucionante proceso de

este organismo invisible, poco poder posee para guiar o demorar tal proceso; asemejase entonces a una planta cuya existencia depende de los elementos que el azar le aporta inconscientemente por medio de las lluvias y de los vientos o que accidentalmente le proporciona el ambiente en el cual se desenvuelve, sin poder detener o provocar su propio crecimiento.

Mas tan pronto adquiere el conocimiento de la constitución de su propia alma, cuando se hace consciente del proceso activo de su organismo, aprendiendo a guiarlo y a dominarlo, puede entonces acelerar su propio desenvolvimiento. Adquiere la libertad de elegir o rechazar los influjos psíquicos que le rodean, convirtiéndose en maestro de sí mismo, y alcanza, por decirlo así, el medio de la locomoción psíquica. Está entonces a una altura tan comparativamente superior al hombre ignorante de este conocimiento, como el animal respecto de la planta: mientras aquél puede correr en busca de alimento, eligiendo y desechando lo que le plazca, la otra, fija en un mismo lugar, depende por entero de las condiciones que el suelo le proporciona.

Mientras el ignorante está sujeto a los hechos por sí mismo determinados, el que sabe puede elegir las propias condiciones.

Durante algunos siglos, ha prevalecido entre los ignorantes, como entre los sabios, la supersticiosa idea de que el hombre era un ser cabal, incapaz de un superior estado de perfeccionamiento, aun teniendo por muy sabido que, avanzando en edad, podía aumentar los conocimientos, aprendiendo cosas ignoradas en la juventud. Mas el pensamiento y la actividad intelectual han sido considerados como algo incomprensible, como una fuerza sin materia, como una actividad sin substancia, como nada. Se ignoraba dónde amasaba el hombre el conocimiento adquirido, y en qué se convertía después de muerto; si luego de abandonar el cuerpo entraría en posesión de otro en una más favorable condición para adquirir el conocimiento. Y, si era susceptible de aprender algo más allá de la muerte. Y si le era posible aprender algo después de la muerte, sin poseer cuerpo, ¿de qué le servía entonces al hombre el cuerpo físico? Nadie podía decirlo. Eludían los sabios semejantes tesis como indignas de consideración, aceptando la teoría del aniquilamiento antes de confesar las lagunas de su saber sobre cierto, misterios de la inmensa naturaleza.

Las teorías sustentadas por los teólogos no eran más satisfactorias que las expuestas por los científicos. Creían, o decían creer al menos, que el hombre era un ser perfecto, salido de manos de su Creador en una forma acabada, y en castigo de ulteriores maldades, aprisionado en este planeta, sustentando la idea de que si se conducía un hombre piadosamente durante su vida o, viviendo en pecado, obtenía al fin el perdón de ellos y el favor de Dios, convertíase después de su muerte en un ser superior, entrando en el Paraíso y viviendo un estado de gozo sin fin.

Hoy, toda persona de pensamiento libre, reconocerá que tales teorías no pueden satisfacer a quienes anhelan conocer la verdad. Mas nadie prueba ni revoca sus asertos, y, además, la multitud no piensa y paga a sus doctores para que piensen por ella.

Desde la publicación de “El Budismo Esotérico”¹, tanto las opiniones de los sabios como las de los teólogos han sido igualmente resquebrajadas en sus cimientos. La arcaica verdad reconocida por los antiguos y casi enteramente olvidada en nuestros modernos tiempos de materialismo, afirma que el hombre no es un ser perfecto, incapaz de mayor desenvolvimiento orgánico, sino que su cuerpo, como su espíritu, se hallan sujetos a una continua transformación y cambio, ya que todo lo substancial sufre modificación y la fuerza no puede existir sin substancia. Tal verdad es hoy casi universalmente reconocida. Ha sido revelada a los sabios la verdad de que su ciencia se basa en una ínfima porción de este misterioso ser llamado Hombre, no conociendo más que su apariencia externa, su envoltura y no el viviente poder que actúa tras esta máscara denominada cuerpo físico. Se ha demostrado a los presuntuosos teólogos creyentes en que la felicidad o la condenación eternas del hombre dependían de sus bendiciones o de sus anatemas, que la justicia no puede separarse de Dios, y que solamente el es inmortal. Apareció lógicamente comprensible para el intelecto que Dios es el divino elemento espiritual en el hombre y que continúa viviendo después de disueltos los elementos inferiores e imperfectos, y que, en consecuencia, el hombre en quien Dios no reside espiritualmente no podrá una vez muerto su cuerpo físico, lograr un estado superior a sus disposiciones e incapaz de alcanzarlo durante su vida.

La exposición de la constitución esencial del Hombre, conocida de los sabios de la India y descrita 300 años ha por Teofrasto Paracelso, ha sido expuesta ahora en más clara y completa forma que nunca por A.P. Sinnet, para humillar el orgullo de los sabios y la vanidad de los sacerdotes. Cuando esta verdad sea más conocida y especializada, probará la ignorancia de los eruditos y trazará una línea de acción legítima a los clérigos como profesores de moral. Tal verdad prueba que el hombre no es todavía un dios por más que algunos imaginen serlo. Prueba que un hombre puede aparecer como un gigante del intelecto cuando en realidad es un enano en espiritualidad. Demuestra que la Ley que gobierna el crecimiento de los organismos en el plano físico, no puede ser invertida cuando actúa en los organismos suprafísicos. Que da la nada, nada puede brotar, y que doquiera se halle el germen de cualquier cosa, aunque sea el germen invisible, algo puede surgir de él y desenvolverse.

El crecimiento de cada germen y de cada ser como sabemos, depende de ciertas condiciones, y éstas pueden ser establecidas por medio de la actividad intelectual del ser, dependiendo de su cuidado o partiendo de causas exteriores sobre las

¹ De A. P. Sinnet, editado en español por la “Biblioteca Orientalista”

que el hombre no ejerce poder alguno. Una planta o animal no pueden crecer si no reciben el alimento y el cuidado que reclaman. El intelecto no puede desplegarse si no se nutre de ideas y no se estimula la razón para asimilarlas. No puede el espíritu fortalecerse si no halla en los principios inferiores los materiales requeridos para la adquisición de la fortaleza y le estimula la lumbre de la sabiduría, absorbiendo lo que para tal fin necesita.

La resistencia es un elemento necesario para el desenvolvimiento de la fuerza. Si penetramos en uno de los vastos pinares de los Alpes o de las Montañas Rocosas de los Estados Unidos, nos hallamos rodeados de árboles cuyos corpulentos troncos, coronados por ínfimo ramaje se alzan enhiestos como mástiles de navío cubiertos de una corteza gris, lisa y sin follaje. Sólo en sus cimas sobrepujando a las sombras que proyectan unos sobre otros las ramas aparecen y, elevándose a inmensas alturas, balancean sus copas a la luz del sol. El espeso follaje de tales árboles se desarrolla sólo en las copudas cimas y toda la vida que extraen del aire y de la luz solar parece como si ascendiera toda a su cabeza, mientras los troncos, aunque aumentando de talla con el crecimiento, permanecen raquíuticos y desnudos. Y pueden crecer así de año en año, hasta llegar a la madurez; mas un día, tarde o temprano, algunas nubes sombrías envuelven los nevados picos y toman de pronto un aspecto amenazador; el súbito chispear de los relámpagos aparece en medio de las nubes acumuladas, retumba el trueno, las flechas de lumbre líquida deslízanse de las nubes desgarradas y súbitamente la tempestad desciende hacia el valle. Entonces empieza la obra de devastación. Los árboles de espesas cabelleras, poco resistentes en su base, son segados por el viento, como briznas de paja en los trigales. Y ahora yacen, caídos y amontonados unos sobre otros, obstruyendo los flancos de la montaña.

Más allá del límite de esta baraúnda, fuera cuerpo principal del bosque, como los postes de avance o los centinelas cercanos a las líneas de batalla, se encuentran todavía aquí y allá algunos pinos solitarios, a quienes no ha podido dañar la tempestad. Su posición aislada, acostumbrados a todas horas a los embates del vendaval, les ha hecho inmunes y fuertes ante el peligro. No poseen una espesa cabellera, de hojas, porque sus ramas, anchas y vigorosas, crecieron ya a pocos pies de su base, a ras del suelo, ornando el tronco desde sus raíces a su cumbre y penetrando en las resquebrajaduras de las rocas, aferrándose a ella como puños de hierro, templaron su fortaleza desde el principio de su crecimiento y en la resistencia adquirieron la fuerza.

Asimismo un hombre intelectual, al crecer envuelto por los convencionalismos y las amistades de la escuela, del Instituto, de la Universidad o quizá entre los muros de un convento, se halla alejado de las influencias contrarias y posee muy débil resistencia. Participando de la naturaleza de los que como él piensan, piensa y vive como ellos; sobre su cabeza ondea el pendón de alguna autoridad aceptada, en el que se hallan escrito ciertos dogmas que acata sin tratar de poner en duda su veracidad. Y así crecen estos hombres, proyectando unos en otros la

sombra de su ignorancia y obstruyéndose mutuamente la libre visión del sol de la verdad. Llénense el cerebro de opiniones autorizadas, aprendiendo multitud de detalles de nuestra ilusoria existencia, que en su error toman por la vida real; su cabeza vuélvase pesada, ya que toda la energía dimanante de la universal fuente de vida acude al cerebro y el corazón, en cambio, languidece por falta de alimento y la fuerza del carácter, que tiene por trono el corazón, se resiente. El intelecto repleto y el corazón hambriento. Pueden, no obstante, prosperar y confiar en sus conocimientos; pero día vendrá, quizá, en que nuevas y extrañas ideas aparecerán en el horizonte mental, y el soplo de otros vientos derribará la ondeante bandera de sus dogmas, y con ella, claudicará su orgullo.

Y esto no pasa solamente en los planos físico e intelectual: la misma ley prevalece igualmente en el reino de las emociones. Quien desee desenvolver su fuerza no deberá temer la resistencia. Debe apoyarse en sus propios pies, es preciso que se entrene en la refriega de las fuerzas contrarias para no ser derribado al chocar contra las tormentas de la pasión. Conviene se habitúe a la convivencia con los que de él difieren en gustos y costumbres y aun a armonizarse con quienes le parecen hostiles, ya que éstos son los verdaderos amigos que acrecientan su fuerza. Aprenderá a soportar la calumnia, la animosidad, la oposición y la envidia. Conservará la entereza en el sufrimiento, estimando la vida en su verdadero valor. Las influencias contrarias a las que está expuesto podrán desencadenar una tempestad en su corazón, mas entonces habrá adquirido el poder de apaciguarlo y de calmar las excitadas olas de sus emociones. Entonces, el primer rayo de sol reverberará en su corazón y ante su lumbre cálida, el frío rayo de luna enviado por el reflexivo y calculador cerebro será pálido. Un mundo nuevo y más vasto que el mundo exterior aparecerá ante su visión interna; sentirá la dicha de vivir y hallará en ella un manantial de inagotable felicidad, ignorado de los que viven sumergidos en la vida de los sentidos. Desde aquel momento, no tendrá necesidad de especular sobre la verdad reflejada, sino que la descubrirá directa y clara en su propio corazón. No necesitará estar expuesto a los embates de las tempestades y podrá buscar abrigo en un lugar tranquilo, y no por miedo al huracán, que no podrá ya dañarle, sino para aplicar sus energías al completo desenvolvimiento del germen espiritual recientemente despertado, en vez de prodigarlo en vano en el mundo exterior. Y no esperará recompensa alguna en un futuro cielo. ¿Qué de mejor podría ofrecerle el cielo comparable a la felicidad de que goza ya? No anhela otra dicha que ofrendar la suya para bien del mundo.

Si os fuera posible establecer monasterios teosóficos donde el desenvolvimiento intelectual y el espiritual marcharan de la mano; donde pudiera enseñarse una nueva ciencia basada en las fundamentales leyes del universo y aprendiera al mismo tiempo el teósofo el propio dominio, proporcionaríais el mayor beneficio a los hombres. Un convento semejante reportaría, además, inmensas ventajas al progreso de las especulaciones intelectuales. El establecimiento de un cierto número de tales centros de enseñanza, ornaría el horizonte mental de astros de primera magnitud, de los que emanarían refulgencias que alumbrarían penetrando

el entendimiento del mundo. En un plano mucho más elevado que en el que actúan los sabios materialistas de nuestro tiempo, un nuevo campo inmensamente más vasto que el vislumbrado por ellos, abriríase a las tareas de la investigación. Conociendo las opiniones de las más prestigiosas autoridades y sin sujetarse a un credo científico ortodoxo, poseyendo para su servicio los resultados todos de las investigaciones de los sabios sin encadenarse a sus sistemas por la creencia de su infalibilidad, alcanzarían la virtud de pensar libremente. Tales conventos serían focos de inteligencia iluminando al mundo, y si el poder del autodomínio de sus moradores creciera en iguales proporciones del desenvolvimiento de su intelecto, hallaríanse pronto en condiciones de franquear los umbrales del adepto.

Pronunció el Adepto estas palabras con calor inacostumbrado, como si quisiera con ello solicitar mi simpatía, incitándome a emplear mis esfuerzos en la fundación de tales centros. Descubrí en sus ojos una mirada de piedad, como si se condoliera íntimamente del estado de la pobre humanidad ignorante, cuyo karma no permitía forzar los acontecimientos, siguiendo las prescripciones de su Orden. Y yo, condolíame de mi falta de aptitud para establecer estos monasterios. Por vez primera anhelé la riqueza, a fin de abordar siquiera una tentativa.

Pero inmediatamente leyó el Adepto en mi pensamiento, y me replicó:

- Os equivocáis. No es la falta de dinero lo que impide llevar a cabo esta idea, sino la imposibilidad de hallar individuos preparados para habitar el monasterios una vez establecido. En verdad, míseros alquimistas seríamos, si no tuviéramos el poder de producir el oro necesario en la cantidad deseada en el caso de que la humanidad percibiera un beneficio real, y puedo convencerlos de ello, si queréis. Pero el oro es una maldición para el mundo, y no debemos aumentar la maldición que hace desgraciada a la humanidad. Prodigad el oro entre los hombres y no haréis más que intensificar sus apetitos. Dadles oro, y le transformaréis en demonios.

No, no es oro lo que falta, sino hombres sedientos de sabiduría. Millares entre ellos desean la ciencia, pero bien pocos buscan la sabiduría. El desenvolvimiento del intelecto, la sagacidad, la destreza, el ingenio, confúndense hoy día con el desenvolvimiento espiritual: pero tal concepto es erróneo, el ingenio animal no es la inteligencia; la habilidad no es la sabiduría, y los más instruidos de entre vuestros hombres son los últimos que pueden afrontar la verdad. Muchos de vuestros pretendidos ocultistas y rosacruces han emprendido sus investigaciones con el simple objeto de gratificar su ociosa curiosidad, mientras otros indagan los secretos de la naturaleza para obtener conocimientos con el fin de aplicarlos a la satisfacción de motivos egoístas.

Dadnos hombres y mujeres que no anhelan otra cosa que la verdad, y nosotros velaremos por sus anhelos. Cuánto dinero se necesitaría para alojar a una persona que no se inquietara por la ausencia de comodidades? Cuánto costaría

proveer la despensa de los que no apetecen golosinas? Qué biblioteca sería necesaria a los capaces de leer en el libro de la Naturaleza viva? En el recreo de qué cuadro y de qué pintura gozarían los que, evitando placenteramente la vida de los sentidos, se retiraran al interior de sí mismos? Qué panorama terrestre encantaría a los que viven en el paraíso de sus almas? Qué compañía placería al capaz de conversar con su Yo superior? Con qué mela es dios podríamos distraer y recrear a los que viven ante la presencia de Dios?.

Aquí el Adepto hizo una pausa. Luego continuó:

- En verdad, el monasterio teosófico en que yo sueño, es todavía superior al nuestro. Está situado muy lejos de este mundo y, sin embargo, puede ser logrado sin necesidad de preocupación ni dispendio. Sus adheridos habrían transcendido la esfera del yo. Poseerían un templo de dimensiones infinitas, donde reina el espíritu de santidad, posesión común a todos. En él cesa la diferenciación del alma universal para fundirse en la unidad. Un convento en el que no existen diferencias de sexo, de gusto, de opinión o de deseo; donde el vicio no penetra; donde no existe ni nacimiento, ni cesamiento, ni muerte; donde se vive como los ángeles. Cada cual constituye el centro de un poder bondadoso. Cada cual vive sumergido en un océano de luz infinita y es capaz de ver cuanto desea y de conocer cuanto anhela, creciendo en fuerza y expandiéndose hasta abrazar el todo siendo uno con él.

Durante un momento me pareció que el alma del Adepto volaba a las gozosas mansiones nirvánicas, estado inconcebible para los mortales; mas pronto refulgieron de nuevo sus ojos, excusándose de haberse dejado arrebatar por la sublimidad de la idea.

Yo me atreví a objetar que pasarían probablemente millones de siglos antes de que la humanidad alcanzara tal estado.

Ah! - Exclamó – las condiciones impuestas por el actual estado de civilización son tales, que obligan a la inmensa mayoría a emplear casi todo su tiempo y energías en fines de orden exterior, en lugar de aplicarlos a su cultura interna. Cada hombre posee una determinada medida de potencialidad que puede llamar propia.

Si en la obtención de los explayes de los sentidos o en las indagaciones del intelecto emplea en el plano exterior toda esta energía, nada quedará para el desenvolvimiento del divino germen en su corazón. Si concentra continuamente todo su pensamiento hacia el exterior, perderá la posibilidad de su propia interiorización, absolutamente necesaria para adquirir el conocimiento de sí mismos. Las clases trabajadoras, los comerciantes, eruditos, doctores, legisladores, clérigos, todos están activamente ocupados en los quehaceres del mundo exterior, y no encuentran momento para dedicarlo a la concentración de sus íntimos poderes.

La mayoría vive absorta en la continua persecución de ilusiones y sombras que, aun beneficiándoles momentáneamente, no poseen valor durable, y cuya utilidad desaparece por completo en cuanto deja el corazón de latir. Emplean tiempo y energías en procurarse en lo que llaman “las necesidades de la vida”, y se excusan achacando la culpa a la necesidad que tienen de procurárselas. La naturaleza, empero, no toma en consideración sus excusas. La ley de causa y efecto no atiende semejante argumentación. El hombre que en la cima de una montaña bordea un precipicio y resbala al abismo, está en idéntico peligro de romperse el cráneo que el que se precipita voluntariamente en él. El individuo incapacitado para el progreso, permanecerá igualmente rezagado que el que no anhele progresar.

Pero la naturaleza no es tan cruel como a primera vista parece. Poco es, en verdad, lo que necesita el hombre para vivir, y puede usualmente procurárselo con facilidad, ya que la naturaleza es en extremo pródiga con sus criaturas, y si no logran obtener la parte que les corresponde, es de todo punto necesario que intervenga en ello la causa de una profunda trasgresión, ya sea individualmente o por la organización a que pertenece. Existe, no hay duda, mucha maldad acumulada en los organismos sociales, que nuestros filósofos y políticos tratan de remediar. Pero no lograrán su objeto hasta que intenten armonizar las leyes del mundo humano con las leyes de la naturaleza. Pero tal acontecimiento no tendrá efecto hasta edad muy lejana. No hemos llegado al tiempo de alcanzarlo todavía. Que trate cada cual de restablecer la armonía de su organismo individual, viviendo según las naturales leyes, y se restablecerá la armonía del organismo social entero.

La mayor parte de las llamadas necesidades de la vida las han creado los hombres artificialmente, y millares de individuos vivieron y envejecieron antes de que muchísimas cosas creadas por nuestra moderna civilización y consideradas indispensables fueran descubiertas e inventadas. La palabra necesidad tiene una significación relativa. Una docena de palacios a un rey o una carroza a un noble, pueden parecerles tan necesarios como a un mendigo una botella de whisky o a un elegante un traje última moda. Para desembarazarse inmediatamente de todas esas ilusorias necesidades y del fárrago que representan, el camino más corto y seguro es el de elevarse por encima de tales necesidades y considerarlas superfluas. Entonces una enorme cantidad de nuestra energía quedará libre para emplearla en la adquisición de lo verdaderamente necesario, eterno y permanente, y que no parece, como los objetos transitorios que devora el tiempo.

Gran número de individuos se ocupan del análisis de la constitución de los objetos transitorios, aprendiendo las modificaciones químicas y fisiológicas que en ellos se operan, sin manifestar jamás la curiosidad de analizar su propia constitución y las modificaciones que ella sufre. Parece, no obstante, que este último conocimiento es mucho más importante que aquella investigación.

Dice la ciencia que necesita conocer las leyes de la naturaleza en sus íntimas ramificaciones, semejando en ello a un insecto arrastrándose sobre una hoja caída e imaginando que por tal medio aprende la calidad del árbol. Esta es, sin duda, la prerrogativa del hombre intelectual; indagar intelectualmente las partes de la naturaleza. Mas la investigación de las cosas externas es de secundaria importancia para llegar al conocimiento de nuestros genuinos poderes internos. Todos los poderes primarios obran en las profundidades del ser; los efectos siguen a las causas. El que considere más importante el conocimiento de las cosas del exterior que el estudio de sí mismo, bien poca sabiduría, en verdad posee.

- Esas doctrinas – objeté yo entonces – no las admitirán jamás nuestros escolásticos; incluso la misma palabra Teosofía desdeñan, creyendo sólo que el conocimiento accesible y comprobable es el único digno de logro. A tal conocimiento ilusorio, le llaman ellos ciencia exacta.
- Los compadezco por sus imperfecciones – respondió el Adepto -. Sin embargo, desde su punto de vista pueden sostener sus razones. Si no aceptan el término Teosofía, es porque desconocen su significado. Y, como a menudo ha sido mal aplicado, han formado de él una idea errónea. Nada podemos conocer si no lo percibimos teosóficamente. Poseemos el conocimiento teosófico cuando sentimos, vemos y comprendemos una cosa. Su sentido de visión y de sentimiento no penetra más allá del superficial examen de las cosas y, por lo tanto, no conocen teosóficamente más que la apariencia externa, sometiendo muchas veces las causas a especulaciones que suelen ser erróneas.

El sentido más sutilizado, por virtud del cual puede el Adepto penetrar conscientemente el interior de las cosas, identificándose durante algún tiempo con el objeto de observación, compartiendo con él la sensación y sintiendo al mismo tenor del objeto observado, percibiendo el proceso denada las causas íntimas y consecuentemente comprendiéndolas, lo desconocen por completo los sabios de la civilización presente.

Cuando acabó el Adepto de pronunciar esta frase, un sonido parecido al tintineo de unas campanillas de plata vibró en el aire, encima de nuestras cabezas. Alcé los ojos, mas nada columbré que pudiera emitir tal sonido.

Esta es – díjome el Adepto – la señal que indica que los miembros de nuestra Orden se hallan reunidos en el refectorio. Vamos a juntarnos con ellos. Allí haréis honor, presumo, a algún refrigerio.

III EL REFECTORIO

Atravesamos el corredor y penetramos en el jardín. Las palmeras y las plantas exóticas que nos rodeaban contrastaban con el paisaje agreste y desolado, lleno de glaciares y de pinos raquíticos que se extendía allende el encantado valle. La espesura de fuschias alternaban con los tupidos rosales. Inmensa variedad de jacintos, heliotropos y otras plantas en flor, de las que ignoro los nombres, embalsamaban el aire. Sin embargo, no tenía el lugar aspecto de invernadero, ya que por techo resplandecía doquiera el diáfano azul del cielo. Se me ocurrió de súbito que acaso tuviera el jardín calefacción subterránea y entonces vínome la idea de que aquel lujo excesivo que regalaba los sentidos no parecía justificar los conceptos emitidos por el Adepto cuando afirmaba que quienes viven en el paraíso de sus propias almas, para nada apetecen las sensuales satisfacciones del exterior.

Mas el Imperator pareció leer mi pensamiento, aun antes de que llegara a concretarlo, y dijo:

- Hemos creado tales ilusiones para haceros la estancia en este lugar agradable sobre toda ponderación. Estos árboles y estas flores que contempláis no requieren para su cuidado ningún jardinero, y no cuestan más que un esfuerzo de nuestra imaginación.

Dirigidme a un rosal y arranqué una de sus rosas. Era una flor real, más real y hermosa que cuantas había antes de entonces contemplado; su aroma era suavísimo y sus frescos pétalos acababan de abrirse a los rayos del sol de mediodía.

- Es posible – dije yo – que esta rosa que tengo en mi mano sea una ilusión o una alucinación de mi mente.
- No – respondió el Adepto – No es efecto de vuestra imaginación, sino producto de la naturaleza, cuyo oculto proceso puede ser guiado por la voluntad espiritual del Adepto. El universo entero, con sus planetas sólidos, formados de montañas de granito, de mares y ríos, la tierra entera en sus múltiples aspectos, no son más que un reflejo de la Mente Universal, la creadora de todas las formas. Las formas en sí no son reales, sino simplemente ilusiones o apariencias de la substancia. No es concebible una forma sin substancia, ni puede existir. Mas la única substancia, que apenas conocemos, es el primario elemento universal de la materia y que constituye la substancia del Mental universal, el akasa. Este elemento, doquiera invisiblemente presente, se hace visible cuando adquiere el grado de identidad suficiente para resistir la influencia de la luz terrestre, que todo lo penetra, hasta que le alcanza vuestra percepción corporal y toma para vos una forma objetiva.

El universal poder de la voluntad penetra todas las cosas. Guiada por la inteligencia espiritual del Adepto, cuya conciencia abarca cuanto le rodea, la voluntad plasma en el mental universal las formas que el Adepto imagina, ya que la esfera de este campo vastísimo, en el que vive y actúa, es su propio mental, y ninguna diferencia existe entre uno y otro, por más distancia que esta última abarque. Por medio de un procedimiento oculto que no puedo revelaros hoy, pero que se basa principalmente en la fuerza de la voluntad, las formas así creadas en la substancia mental del Adepto se densifica y se convierte en objetivas y reales para vos.

- Reconozco – dije – que mi comprensión no alcanza el sentido de estas palabras. Una imagen formada en vuestra mente, puede acaso salir de ella y condensarse y tomar forma material?

Tal pregunta, dictada por mi ignorancia, divirtió sin duda al Adepto, ya que me respondió sonriendo:

¿Creéis, por ventura, que la esfera del pensamiento donde el hombre vive se reduce a la circunferencia de su cráneo? Me condolería un hombre así, porque nada podría ver ni percibir si su proceso mental no pasara del ruedo de su cráneo. El mundo entero no fuera para él más que tinieblas impenetrables e incomprensibles. Estaría incapacitado para ver el sol y cualquier objeto exterior, ya que nada puede percibir el hombre que no exista de antemano en su propia mentalidad. Mas, afortunadamente para el hombre, la esfera de cada mentalidad individual extiéndase tan lejos como las estrellas. Alcanza la distancia a que llega su poder de percepción. Su mentalidad se pone en contacto con todas las cosas, por distantes que se hallen de su cuerpo físico; pero su mentalidad, y no su cerebro, recibe las impresiones. Mas tales impresiones llegan a su conciencia por medio de él, que no es sino el centro que recibe los mensajes de la mente.

Luego de concluido el parlamento, descubriendo sin duda el Adepto algunas dudas todavía en mi pensamiento, dirigió su mirada hacia un magnolio que a corta distancia había. Era un árbol de unos dieciocho metros de altura, cubierto de grandes flores blancas y hermosísimas. Al tiempo que yo miraba, parecíame que iba perdiendo poco a poco su densidad. El follaje verde pálido convertíase en gris, de modo que las flores a duras penas se destacaban de las hojas. Más y más transparente y vaporoso, según el tiempo transcurría, parecióme pronto la sombra de un árbol, y por fin desapareció enteramente de mi vista.

- Habéis visto – continuó el Adepto – cómo el árbol está dentro de la esfera de mi mentalidad, del mismo modo que lo está dentro de la vuestra. Vivimos mutuamente en la esfera del pensamiento ajeno, y el que tiene desenvuelto el poder de la percepción espiritual, puede ver en todo momento las imágenes creadas en la mente de otro.

El Adepto crea sus propias imágenes; el mortal ordinario vive de la imaginación ajena, sea ella producto de la creación de la naturaleza o de otras mentalidades. Vivimos en el paraíso de nuestra propia alma, y los objetos que contempláis existen en vuestro reino interior. La esfera del alma no se halla limitada, sino que se extiende muy lejos de nuestros cuerpos visibles y se prolonga hasta fundirse con el Alma universal y con las grandes almas hermanas de la suya.

La humanidad desconoce todavía el poder de la imaginación; de lo contrario, prestaría mayor atención a tal facultad. Si un hombre piensa, tanto en sentido benévolo como maléfico, el pensamiento formulado llama a la existencia una forma o poder correspondiente con la esfera en que actúa su mentalidad. Y tal forma puede cobrar vida propia, revestirse de cierta densidad y perdurar aún luego de desaparecido el cuerpo físico de su creador. En la ruta post-mortem que sigue el alma, le acompañará este fruto de su pensamiento por la afinidad de la ley de creación.

- Entonces – le interrogué en aquel momento - ¿cada imaginado pensamiento malévolo llega a producir el mal que entraña, persistiendo como entidad actuante y viviente?
- No es eso, precisamente – respondiome el Imperator – Un pensamiento emitido provoca la existencia de la forma o del poder en el cual pensamos, pero carecen de la vida que sólo la Voluntad puede infundirles. Si no los vivifica la Voluntad, permanecen tan sólo como sombras, impotentes y efímeras. Si así no fuera, resultaría que nadie podría jamás leer la descripción de un crimen sin cometerlo mentalmente, dando forma a los más repugnantes elementarios.

Podéis imaginar a vuestro albedrío los más perniciosos actos realizables; pero si no poseéis la firme voluntad de realizarlos, las creaciones de vuestra mente carecerán de vida. Pero si, por lo contrario, os proponéis ejecutarlos; si vuestra mala voluntad intenta llevarlos a la práctica, en el caso que poseáis los medios exteriores para su ejecución, entonces, el hecho es tan dañoso para vos como si realmente lo hubiérais cometido, creando la permanente posibilidad de aquel mal viviente, aunque invisible. La Voluntad infunde vida a las creaciones del pensamiento, ya que Voluntad y Vida son fundamentalmente idénticas.

En aquel punto de su peroración, percibiendo el Maestro una duda formulada por mi pensamiento, dijo:

- Si hablo de la voluntad como de una fuerza vital, hablo también de la fuerza espiritual de la voluntad, que reside en el corazón. La voluntad ejercida simplemente por el cerebro, es como la fría luz de la luna, que no calienta lo que ilumina. El poder vital de la voluntad emerge del corazón, y como los rayos del sol, infunde la vida doquiera y se posa en los animales como en los

minerales y en las plantas. Lo único que alienta el poder real, es lo que desea el hombre con el corazón, y no lo que simplemente formula con el cerebro. Felizmente para la generalidad, el poderío espiritual de la voluntad, capaz de cristalizar en forma objetiva las creaciones de la imaginación, lo poseen muy pocos; contrariamente, poblarían el mundo multitud de monstruos vivos materializados que devorarían a la humanidad, ya que en el presente estado evolutivo más abundan los que mal piensan que los de recto pensar. Pero su voluntad no es suficientemente espiritual para ser poderosa; proviene del cerebro más que del corazón, y ordinariamente sólo posee fortalezas para herir a su propio creador, sin perjudicar al prójimo.

Ahora comprenderéis la conveniencia de que no se legue a la masa la posesión de los poderes espirituales hasta que alcance el aspirante el grado de bondad y de virtud convenientes. Tales son los misterios vedados antaño, irreveados al vulgo si de ellos os servís, tened cuidado en distinguir los que por su medio pueden ser beneficiados de los a quienes perjudican y dañan.

Pasábamos a la sazón bajo un pórtico de estilo gótico, y penetramos en una vasta estancia. Cuatro altas ventanas iluminaban la habitación de forma octogonal. En medio de ella, rodeada de sillas, había una mesa. Artísticos muebles orlaban todos los ángulos de aquella estancia, en la que se hallaban reunidos varios Hermanos, algunos de los cuales conocía por ciertas representaciones históricas. Pero lo que más me sorprendió, fue la presencia entre ellos de dos damas, una de ellas alta, de digno aspecto, y otra de menor estatura, de delicada aunque de no menos noble apariencia, y extremadamente bella. Sorprendido y confundido me hallaba de encontrar a unas damas en el monasterio de los Hermanos de la Rosa-Cruz de Oro, y mi confusión fue sin duda notada por todos los presentes. Mas, después de efectuada mi presentación a todos ellos – mejor dicho, luego que ellos se hubieron presentado, ya que todos conocíamos sin necesidad de presentación la dama más alta tomó mi mano y me condujo hacia la mesa, mientras me decía sonriente:

- ¿Por qué os sorprendéis, amigo mío de encontrar Adeptos vestidos de formas femeninas en compañía de otros que aparentan formas del sexo opuesto? ¿Qué tiene que ver la inteligencia con el sexo físico? Donde los instintos sexuales fenecen, se anula también la influencia del sexo. Venid, ahora, tomar asiento a mi lado y comed de esta fruta deliciosa.

La mesa aparecía, en verdad, repleta de gran variedad de frescos frutos, desconocidos muchos de ellos para mí hasta entonces. Los miembros todos de la ilustre compañía fueron tomando asiento en su sede respectiva, y principió la general conversación, en la que todos tomaban parte.

Desde el momento en que ocupé aquel lugar, percibí profundamente mi propia inferioridad, mas todos los circunstantes parecían esforzarse en reconocermme en todo momento como su igual.

Los Hermanos y Hermanas gustaron apenas los alimentos; pero parecían satisfechos al contemplar el honor que hacía yo al banquete, ya que el paseo de la mañana y el aire puro de las cimas provocáronme extraordinario apetito.

La noble dama a cuyo lado me encontraba, consiguió bien pronto disipar mi embarazo del principio, respondiendo a mis preguntas respecto de las causas de ciertos fenómenos ocultos, practicando algunos experimentos para ilustrar sus enseñanzas. La descripción siguiente dará un ejemplo de los poderes que poseía para plasmar sus imaginaciones.

Hablamos en tal sazón de la intrepidez y valor necesarios al que desea franquear los umbrales de las investigaciones ocultas.

- Porque el mundo elemental entero – decía ella – con todas sus monstruosidades y sus elementos inferiores, se opone al progreso espiritual del hombre. Los animales (elementarios) viven en el principio animal de la constitución del hombre y se alimentan de su vida y de las sustancias de sus inferiores elementos. Si el espíritu divino se despierta en el corazón del hombre y vierte su luz sobre la parte animal, la sustancia en cuyo elemento viven tales parásitos se destruye y, poseídos del furor se agitan como bestias hambrientas. Ellos luchan por su vida y por procurarse el medio porque se nutren y se convierten consecuentemente en los mayores obstáculos opuestos al progreso espiritual del hombre, su adversario. Viven en la propia alma del hombre y son, en circunstancias normales, invisibles para los sentidos físicos, aunque pueden a veces aparentar forma objetiva y visible. Están constituidos en familia y reproducen su especie como los animales terrestres; combaten mutuamente y se devoran entre sí. Cuando los deseos egoístas de tipo más insignificante son absorbidos por alguna grande pasión dominante, demuestra simplemente que un elementario monstruo se ha enseñoreado de su alma, devorando los elementarios menores.

Aquí, respondí yo que me era imposible la creencia de que el hombre fuera una semejante ménagerie viviente y ambulante, y manifesté mi deseo de ver uno de tales monstruos para cerciorarme de la realidad de su existencia.

- ¿Y no os asustaríais – dijo ella – si una tan espantable visión apareciera ante vos?

Traté de darme ánimos a mí mismo, y contesté que jamás habíame atemorizado nada que pudieran ver mis ojos y palpar mis manos, ya que el miedo era fruto de la ignorancia y que el conocimiento disipaba todo temor.

- Tenéis razón – contestóme ella -, mas... ¿Tenéis la amabilidad de acercarme la cesta aquella de peras?

Tendí a mano hacia la indicada cesta, que se hallaba en medio de la mesa y, al momento de cogerla, un horrible crótalo surgió de entre la fruta, empujando la cabeza y produciendo un ruido con sus escamas como si estuviera poseído de grande cólera. Lleno de horror, retiré la mano, logrando salvarme a duras penas de su ponzoñosa mordedura. Pero mientras lo miraba, se enroscó de nuevo entre las peras, sus escamas lucientes desvaneciéronse en la cesta y el reptil desapareció.

- Si os hubierais atrevido a agarrar la serpiente – dijo uno de los Hermanos testigos de la escena – os hubierais convencido de que no se trataba más que de una simple ilusión.
- La voluntad – observó el Imperator – no es simplemente una fuerza vitalizadora; puede así mismo destruir. Por ella, los átomos de la materia primordial se acoplan alrededor de un centro; ella los mantiene unidos y puede dispersarlos de nuevo en el espacio. Es Brama, Vishnú y Siva un uno; creador, conservador y destructor de la forma.

Esos elementarios – dijo la hermosa dama – nos dominan mientras no los dominamos. Si les atacamos sin miedo, no pueden hacernos ningún mal, nuestra voluntad es soberana para ellos.

La conversación durante el desayuno recayó siempre sobre el Ocultismo y los individuos con él relacionados.

- El conocimiento del Ocultismo y de la Alquimia es a la vez lo más fácil y lo más difícil de alcanzar – decía uno de los Hermanos -. Su comprensión no ofrece, en verdad, dificultades para el que los considera dentro de las normales leyes de la Naturaleza, y analizamos sus misterios a la luz de la razón de que cada hombre, salvo el idiota, está dotado naturalmente desde su advenimiento a la vida. Pero si la linterna pálida de la falsa lógica, del sofisma y de la especulación creados por una educación irracional guía al hombre, extraviase y se desnaturaliza. Las imágenes de las verdades eternas, que lucían en su inocente mentalidad de niño, no desenvueltas intelectualmente más tarde por métodos a propósito, conviértense luego en imágenes deformes, maltrechas por el prejuicio y el concepto mal fundado con los que nutría su mentalidad, hasta hacer incognoscible el concepto original de la verdad, sumiendo al hombre en las falsas alucinaciones creadas por su fantasía.
- ¿Queréis decir – objeté yo – que le es posible al hombre alcanzar el conocimiento real de las cosas sin que alguien se lo enseñe?.

- ¿Necesita el niño de maestro – respondió el Adepto refiriéndose a mi pregunta – que le enseñe el uso que debe hacer de los senos de su madre? ¿Necesita el ganado tratados de botánica para distinguir las hierbas venenosas de las medicinales? Los sistemas artificiosos que ha inventado el hombre y que, en conciencia, no pueden llamarse reales, no aparecen en el libro de la naturaleza. Para conocer una cosa por el nombre que le han dado los hombres necesita el niño de la consiguiente humana instrucción. Pero los atributos inherentes a cada cosa son independientes del nombre que queremos darle. Shakespeare dice que una rosa olerá agradablemente aún cuando se le llamara por otro nombre.

Dado el actual estado de la educación, los filósofos y los naturalistas conocen todos los nombres con que el humano artificio ha denominado la clasificación de las cosas; pero muy poco de la naturaleza interna de sus inherentes cualidades.

¿Qué sabe el botánico moderno de las características de las plantas por cuyo medio reconoce el ocultista sus propiedades ocultas y medicinales al instante de observarlas? Las bestias han permanecido dentro de las órdenes impuestos por naturaleza, en tanto que los hombres los han transgredido. La oveja no necesita de las instrucciones de un zoólogo para aprender a escapar de las garras de un tigre, sino que sabe por propio conocimiento y sin argumentación que el felino es su enemigo. ¿No es acaso de mayor importancia para el borrego conocer la fuerza del tigre que no su pertenencia al genus -felix? Sí, por raro milagro, adquiriera la oveja repentina intelectualidad, podría instruirse de tal modo respecto de la forma exterior, la anatomía, la fisiología y la genealogía del tigre, que perdería de vista su genuino carácter y sería devorada por él.

Por absurdo que os parezca el ejemplo, es, sin embargo, un exacto símil de lo que ocurre a diario en vuestras escuelas. La nueva generación recibe en lo relativo a la forma exterior del hombre y la manera más conveniente de cómo esta forma puede ser cómodamente nutrida y alojada; mas la visión del hombre real que tal forma ocupa, permanece enteramente obscurecida, sus necesidades desatendidas, hambrienta y torturada, y algunas de nuestras “grandes lumbreras de la ciencia” hanse convertido en miopes hasta el punto de negar su propia existencia.

- Pero, ¿no representa acaso una inmensa prerrogativa del hombre intelectual sobre los animales la de poseer un intelecto que le capacite para comprender los atributos de las cosas que la bestia sólo percibe instintivamente? Objeté yo.
- Verdad es – contestó el Hermano -; mas el hombre debiera emplear su intelecto de acuerdo siempre con la razón, en lugar de oponerlo a ella. El instinto de los animales impulsa su organismo a la acción, mientras que el hombre tiene la razón por guía. Es la facultad anímica de sentir la verdad; mientras que la función intelectual consiste en comprender lo que siente

instintivamente o intuye el alma y lo que perciben los sentidos externos. Si el intelecto actuara en consonancia con la razón, todos los seres humanos en quienes se halla desenvuelta esta facultad, serían no solamente intelectuales, sino sabios. Pero la experiencia diaria enseña que la intelectualidad puede estar divorciada de la sabiduría puesto que hartos a menudo los más ingeniosos son los que más sumergidos se hallan en los lodazales del vicio; los más instruidos, los menos razonables.

El primer paso – continuó el Hermano - y el más importante que debe dar el hombre si anhela el logro del poder espiritual, es el de esforzarse en aparecer siempre natural. Solamente el que es capaz de desechar todos sus aspectos artificiosos puede devenir espiritualmente fuerte. Si trata de alcanzar las posesiones espirituales antes de adquirir la naturalidad, corre el riesgo de convertirse en un monstruo de falsa espiritualidad. Tales monstruos han existido y existen todavía como instrumentos de las ocultas fuerzas del mal, que obran por medio de la forma humana; son los adeptos de la Magia Negra, brujos y malvados de diversos grados.

- Entonces – dije yo -, presumo que los grandes criminales son, hasta cierto punto, magos negros.
- No todos – contestóme el Hermano -: la mayor parte de malhechores no hacen el mal por el mal, sino para alcanzar algún fin egoísta. Los malvados que caminan por la tenebrosa senda, efectúan el mal por amor al mal, del mismo modo que los que avanzan por el sendero del verdadero adepto cumplen el bien simplemente por que aman el bien.

La repetición constante o frecuente de actos buenos o malos, conduce al fin al hombre a su cumplimiento instintivo, y así acaba su naturaleza por identificarse gradualmente tanto con el bien como con el mal. El que tortura una mosca simplemente por el placer de torturarla y halla en ello su alma aliciente, se halla más avanzado en la pendiente de la vileza y del mal absoluto, cuya consecuencia es el aniquilamiento, que el que mata a un hombre porque imagina tal acto necesario para su propia defensa.

Aquí la conversación empezó a girar en torno de la Magia Blanca, y de los asombrosos poderes de ciertos Adeptos tibetanos. El Imperator dio relación detallada de su última permanencia entre ellos. Mas, por extraño que parezca, en tanto que la conversación precedente resurgía con sus más ínfimos detalles en mi memoria, el recuerdo de la explicación posterior del Imperator relativa a tal visita, desvaneciéndose en absoluto de mi mente como si su impresión hubiera sido borrada intencionadamente de ella.

Una vez terminado el desayuno, encomendó el Imperator mi cuidado a las Damas – Adeptos, en tanto me prometía reunirse pronto con nosotros para mostrarnos su laboratorio alquímico.

Acompañé entretanto a mis dos protectoras por el hermoso jardín. Penetramos por una avenida de rosados laureles en flor y llegamos a una pequeña glorieta circular situada sobre una leve prominencia del terreno, que ofrecía un panorama magnifico hasta el confín del horizonte, determinado por las siluetas altísimas de las montañas lejanas. Sosteniendo el techo de la glorieta, se erguían esbeltas columnas de mármol, enlazadas por la hiedra que trapaba cubriendo la techumbre y pendiendo a trechos como cortinas por sus bordes.

Nos sentamos, y al poco rato, mi amiga, a quien llamaré Leila, dijo:

- Os debo una explicación con motivo de las observaciones que os hice en cuanto descubrí vuestro asombro a la vista de personas del sexo femenino en la Orden de la Rosa-Cruz de Oro. Vuestra intuición no os ha engañado. En realidad, no es frecuente hallar a un individuo que alcance el Adeptado mientras habita un organismo femenino, que no es tan a propósito como el del sexo opuesto para el desenvolvimiento de la energía y de la fuerza; así sucede a veces que las mujeres muy avanzadas en el sendero del Adeptado deben reencarnar en un cuerpo masculino para lograr el resultado final.

Esto no obstante, hay excepciones. Vos sabéis que, en esencia, no se diferencia un cuerpo femenino de otro masculino y que en cada ser humano se entrefunden y combinan los elementos peculiares de cada sexo. Generalmente, predomina en las mujeres el elemento femenino, y en los hombres el masculino es más activo, aunque no es difícil hallar mujeres de carácter varonil y hombres de naturaleza pasiva. En un ser humano perfecto, los elementos masculino y femenino se hallan casi igualmente desarrollados, con ligero predominio del elemento activo en el hombre que representa el poder protector de la naturaleza, mientras que en la mujer predomina el pasivo, o sea, el principio formativo. Esta ley oculta, cuya explicación nos conducirá a los profundos misterios de la naturaleza, aparecerá comprensible para vos ni queréis estudiar bien las leyes de la armonía. Hallaréis entonces que el acorde menor forma la armónica contraparte del acorde mayor, aunque la belleza plena esté contenida en el último. Podríamos hallar muchas otras analogías, cuyo descubrimiento dejamos a vuestro propio ingenio.

Por lo tanto, si encontráis a un Adepto en organismo femenino, inferiréis razonablemente que tan anormal circunstancia proviene de algunas experiencias y condiciones extraordinarias por las que pasó tal Adepto durante su última encarnación en el mundo físico. Una planta de cálido invernáculo crecerá más ufana que otra semejante privada de cuidados. Así, análogamente, el sufrimiento intenso puede ser la causa del apresurado desarrollo de la flor de la espiritualidad en un alma que sin tal refinamiento hubiera diferido el adelanto para cualquier otra encarnación.

Esta revelación excitó mi curiosidad, y pedí a la dama la explicación de su pasada vida, tal como fue antes de alcanzar el Adeptado.

- Me es doloroso – respondió Leila – vivir de nuevo en los recuerdos del pasado. Quizá nuestra Hermana Helena os explicará los detalles concernientes a la suya.

Sonrió la dama interpelada y dijo:

- Lo haré de buena gana, para procurar un placer a nuestro visitante; pero mi vida carece de interés comparada con la vuestra. Si queréis principiar voz, yo proseguiré la relación de la mía.
- Bien – respondió Leila; - pero para simplificar detalles y ahorrar tiempo, os mostraré su representación en el escenario de la Luz astral. Fijad la vista en la mesa que tenéis delante.

Miré sobre la superficie de la redonda mesa de mármol colocada en el centro de la glorieta, y al momento vi aparecer sobre la reluciente y lisa superficie la visión vívida de un campo de batalla. Allí se divisaba el ejército combatiente empuñando lanzas y espadas, la caballería y la infantería, los caballeros de bruñida armadura y los soldados rasos.

Recrudece la batalla; muertos y heridos cubre la tierra y los soldados de la izquierda principian a ceder terreno, mientras los de la derecha avanzan. Súbitamente, aparece a la izquierda del cuadro la figura hermosa de una mujer revestida de luciente armadura empuñando en una mano la espada y con la otra sosteniendo una bandera. Sus facciones parecieronme las de la Dama-Adepto. Enardecido con su presencia el ejército de la izquierda pareció cobrar nuevos bríos, en tanto que el pánico cundía entre el enemigo hasta obligarle a emprender la huida ante el empuje de los otros. Se oye un grito de triunfo y se desvanece la escena. Luego surge otra escena sobre la mesa. Parece el interior de una iglesia católica. Están reunidos buen número de dignatarios eclesiásticos y seglares, caballeros y nobles, obispos y sacerdotes, multitud de gentes. Ante el altar se arrodilla un caballero armado de todas armas, que parece el rey, y un obispo, revestido de los ornamentos pontificales, le ciñe una corona de oro. Junto al rey está la mujer de nobles facciones, que sonrío con aire de triunfo. Resuena una solemne música, mientras la corona ciñe las sienes del rey, y al levantarse millares de voces le vitorean. La escena se desvanece.

La siguiente representa un torreón repleto de instrumentos de tortura, como los que servían en los tiempos inquisitoriales. Se ven hombres vestidos de negro, en cuyos ojos llamea el fuego del odio. Hay otros vestidos de rojo, que seguramente son los verdugos. Aparecen algunas gentes con antorchas y en medio está Leila, encadenada, que mira a los hombres vestidos de negro con aire de piadoso desdén. Le hacen algunas preguntas necías, a las que ella no quiere responder, y

entonces la torturan cruellísimamente. Aparté la vista y al volver a mirar había desaparecido la escena.

Otra apareció sobre la mesa. A un lado, un enorme montón de leña, en mitad del cual se erguía un poste al que se hallaba atada una cadena.

Una procesión se aproxima, compuesta de viles monjes y custodiada por soldados. La multitud rodea la pira, pero se aparta para dar paso a la procesión. En medio de los monjes y del verdugo avanza Leila, pálida y enflaquecida por las privaciones y la tortura. Lleva las manos atadas y una cuerda le rodea el cuello. Se encarama sobre los leños y, ya en su cima, la atan al poste. Trata ella de hablar, pero los malvados monjes, puestos en oración, le echan agua en la cara para obligarla a permanecer silenciosa. El verdugo aparece empuñando una tea ardiente y la leña comienza a chisporrotear, y el fuego llamea en torno del cuerpo de la hermosa mártir...

Y no quise ver más. Me cubrí el rostro con las manos. Sabía quién era Leila. Repuesto de la impresión de tan horrible espectáculo, expresé a Leila mi admiración por su valor y virtud. Habíala siempre admirado en su carácter histórico y anhelado conocer su auténtico retrato. Y ahora se erguía ante mí el original vivo, joven y fuerte, noble y bello y, sin embargo, según el conjunto mundano, contando más de 450 años.

Inútil es disimular un pensamiento en presencia de Adeptos. Leila leyó en mi mente, y respondió:

- No. Soy todavía más vieja de lo que suponéis. Vos y yo y todos nosotros, somos tan viejos como la creación.

Cuando el espíritu comenzó a palpar, después del fin del Gran Pralaya, expandiendo de su seno la luz del Logos que trajo el mundo a la existencia, vivíamos ya, y continuaremos viviendo hasta que esta luz vuelva a su primitivo origen. Nuestro yo real no conoce edad. Permanece siempre joven y eterno, más allá de las condiciones del tiempo. Nuestra forma no puede consumirla el fuego. Es el espejo donde el espíritu refleja su divina esencia; la materia es tan eterna como el espíritu y el espacio, y mientras el espíritu viva, reflejará en ella su imagen. El espíritu necesita de esta imagen, a fin de conocerse. El hombre no puede distinguir los rasgos de su faz sin el auxilio de un espejo; nosotros no podemos reconocernos objetivamente si no nos exteriorizamos fuera de nosotros mismos. Esto es de todo punto imposible en lo que respecta al espíritu, que es uno e indivisible y, en consecuencia, refleja su luz en la materia y se contempla a través de ella como en un espejo.

- Pero – objeté yo – el fuego consumió vuestro cuerpo. ¿Cómo es posible que os vea ante mí en una forma visible, tangible?

- Lo destruido – respondió Leila – fue simplemente la densa substancia material de mi organismo físico. Cuando el fuego consumía la materia física, mi forma astral se elevaba por encima del humo y de las llamas, invisible para la multitud que me rodeaba, cuyos sentidos no percibían más que los objetos materiales, aunque si me percibían los Adeptos allí presentes en forma etérea. Ellos me custodiaron y, tras un breve intervalo de inconsciencia, desperté. Mi cuerpo fuese integrado gradualmente bajo las influencias predominantes en mi nueva mansión y, como resultado, aparezco ahora tan visible y tangible ante vos como si habitara todavía aquella forma material y grosera.
- Entonces – dije yo – presumo que el cuerpo astral de todo hombre o de todo animal tiene la posibilidad de reintegrarse luego de abandonada la envoltura física, y de tal suerte pueden aparecer los espíritus de los muertos en una forma visible y palpable.
- Puede suceder, y aun sucede a menudo – respondió Leila – con el auxilio de las viles prácticas del arte nigromántico. Se puede llevar a cabo con las formas astrales de los repentinamente fallecidos por accidentes o suicidio, en los que el cuerpo astral posee aún buen número de adherencias moleculares; mas las formas astrales de los fallecidos de muerte natural o los del luengo tiempo fenecidos no pueden ser evocadas, porque sus cadáveres astrales fuéronse desintegrando por efecto de las influencias del plano astral. Mas estas formas “materializadas” carecen de vida propia y no pueden perdurar. No viven más que del principio vital que infunde en ellas el nigromántico que efectúa tales actos conscientemente o del médium, que las cumple sin conciencia. Para que una forma astral continúe viviendo después de la muerte de la envoltura física, preciso es que la primera alcance la vida consciente durante la existencia del cuerpo material.
- Que compenetra, seguramente – añadí yo – toda forma mortal durante su vida física.
- Verdad es – respondió ella – aunque no representa el centro de la vida y de la conciencia en el ser humano. Para los mortales ordinarios, el asiento de la vida radica en la sangre contenida en las venas y arterias del cuerpo físico y la forma astral vive solamente, por decirlo así, del reflejo de esta vida física. En el Adepto, el centro de la vida y de la conciencia se asienta en el organismo de su alma, revestida de la forma astral, y es, por lo tanto, consciente e independiente de la existencia de la envoltura transitoria. Yo poseía ya esta vida y esta conciencia trascendental adquiridas en anteriores encarnaciones. Antes de nacer en la humilde cabaña de un labriego, seguía ya el Sendero del Adeptado. Durante mi infancia, me relacionaba frecuentemente con los Adeptos, aunque intelectualmente no los reconociera, puesto que mi actividad mental, resultado de mi organización física, no estaba entonces lo suficientemente desenvuelta para retener las percepciones del espíritu.

Pero – exclamó ella – dejemos estas especulaciones metafísicas, que, según observo, fatigan vuestro cerebro y aparecen cada vez más difíciles a vuestra comprensión, ya que, no habiendo regla sin excepción, las leyes de la Naturaleza están expuestas a producir infinitas variedades en las diferenciaciones de la acción. Escuchemos ahora la historia de nuestra hermana Helena.

Observaba yo hacía rato los rasgos de esta otra Dama –Adepto, y se apoderaba cada vez más de mí la certidumbre de que en otro lugar y tiempo, quizás en sueños, la hubiese ya conocido. Si, me acordé de que, todavía niño, vi en estado de somnolencia una visión que flotaba en el éter ante mí y que me pareció entonces de un ángel o de un ser supraterrrestre de alba vestidura, llevando en la mano un lirio blanco, que me ofrecía. ¡Cuántas veces ha deseado desde lo íntimo de mi corazón contemplar una vez más aquella visión tan hermosa! Y, si no me engañaba, admiraba ahora en aquella dama al propio ángel de mi visión.

Era de esplendente hermosura. Su cabello suelto, negro y ondulado, contrastaba bellamente con su túnica flotante, sencilla y clara, cuyos pliegues insinuaban sus formas graciosamente. El semblante, pálido y delicado de perfil del más puro trazo griego; sus ojos, penetrantes y oscuros, parecían ahondar las más profundas reconditeces de mi alma y encender un fuego de amor puro lleno de admiración, sin mácula de elemento pasional.

- Mi vida – dijo Helena – tuvo apenas importancia. Nací en San Petersburgo y fue mi padre oficial del ejército del emperador. Murió dejándonos en la pobreza, siendo yo muy joven todavía. Si no hubiera sido por la compañía de mi madre, de mis parientes y de un profesor, ya nada me hubiera retenido en la tierra. Mi pensamiento desenvolvióse y tomó alas en la felicidad de las glorias supraterrrestres. Amé la poesía y me arrobé en las nubes flotantes, contemplando en el cielo el espectáculo de su cambiante hermosura. Comuníqueme en espíritu con los héroes del pasado. Pero el desarrollo de mi envoltura física no pudo correr parejo con mi desenvolvimiento espiritual. El frío, el hambre y la penuria precipitaron su disolución. Después de cumplidos los dieciocho años, abandoné la mísera envoltura, descarnada e inhábil, y fui recibida bondadosamente por los Hermanos.

Su historia, humilde y sencilla, movió mi corazón a profunda piedad.

- ¿Y no hubo en vuestro país alguien con bastante inteligencia? – dijo yo – que reconociera vuestro genio y os protegiera?
- Elevaron un costoso monumento a mi memoria – respondió ella – después de fallecida. Una parte del oro empleado, me hubiera quizá prolongado la vida. Los que me reconocieron en vida y admiraron mi arte y mi talento, eran tan pobres como yo. Pero dejémoslo. Las condiciones en que los hombres viven,

son efecto del karma creado anteriormente. La miseria y el sufrimiento fueron mi recompensa. Tengo motivos para estar satisfecha de mi dote.

Mientras hablaba la dama, observaba su fisonomía. ¿Era realmente ella la que me apareciera años atrás en la visión de mi sueño de niño? ¿Era ella la que tendiera hacia mí el lirio como en señal de bendición, cuya corriente magnética que de él parecía desprenderse penetraba en las profundidades de mi corazón, llamándome a una vida de superiores actividades? Y este transcendental conocimiento de mi vida, ¿podía ser simplemente un sueño? ¿No llenó todo mi ser de felicidad? ¿No se hallaba acaso su recuerdo indeleblemente grabado en mi memoria cuando multitud de otros sueños habíanse desvanecido de ella?

Helena se levantó y, tendiendo la mano hacia uno de los espacios abiertos entre los pilares, cogió la flor de un lirio blanco que crecía detrás del muro, y me la alargó, diciendo:

- Guardad esta flor; no se desvanecerá como un simple sueño. Y al mirarla, os convenceréis de que no soy el fruto de una alucinación.

Le di las gracias y le rogué que fuera mi protectora en lo futuro como lo fuera en mi pasado.

A lo que respondió:

- Nosotros sólo podemos ayudar a los que a sí mismos se ayudan. Sólo podemos influir en los susceptibles de nuestra influencia. Sólo podemos aproximarnos a los que se acercan espiritualmente a la esfera de la atracción mutua. El mal, repele. Los puros son atraídos hacia los puros; los pecadores, hacia los que viven en pecado. Dar, supone la capacidad de recibir por parte del que recibe.

La luz del sol brilla para todos, pero no todos pueden verla. La eterna fuente de Verdad es universal e inagotable, pero muy pocos abren el corazón a sus raudales. Esforzaos continuamente en trascender la esfera de la animalidad y hallaréis la compañía de los de ella liberados y que moran en el reino del espíritu.

Cuando terminó la dama su peroración, otro Adepto se acercó a la glorieta. Era un hombre de baja estatura, cuyo semblante expresaba profunda penetración mental, con la inequívoca apariencia de un Maestro. La cabeza, casi calva en su cima, delineaba perfectamente la forma del cráneo. A los lados aparecían varios rizos de cabello gris. Recordé inmediatamente haberlo reconocido a menudo por el retrato y cuya presencia había muchas veces sentido. Le llamaré Tehodorus. Había sido una gran Adepto Rosa-Cruz durante su vida terrena, y realizado, como médico, curaciones asombrosas. Era, además, un grande alquimista, conocedor del secreto de la Rosa y de la Cruz, del León rojo y del Águila blanca.

Al entrar, anunció que habían llamado al Imperator para ocuparse en varios asuntos de importancia relacionados con la política mundana.

Y en placentero tono nos dio más detalles, explicando su intento de impedir que un señalado político cometiera un acto irreflexivo, que podría ocasionar tal vez, a no frustrarlo, una gran guerra. Venía, pues, delegado por el Imperator para mostrarme el laboratorio alquímico, rectificando, al objeto, algunas falsas nociones que tenía yo respecto de la Alquimia.

Experimenté de pronto gran contrariedad al verme obligado a separarme de las damas, y durante un momento deseé morir para que mi alma permaneciera en su presencia. Pero no pude, como es natural, excusar la invitación.

Pedí permiso a las damas para retirarme y seguí a Theodorus a través de las salas del monasterio.

IV EL LABORATORIO ALQUIMICO

Avanzamos por un magnífico corredor. A lo largo de sus costados erigíanse admirables estatuas de mármol representando los dioses y diosas de la antigüedad, así como bustos de los héroes de los antiguos tiempos.

- Estas estatuas – Explicó mi acompañante – representan los principios elementales y las fuerzas de la naturaleza, que personificaron los antiguos, a fin de inducir los atributos de tales principios en el poder conceptivo de la mente humana. Nadie de entre los primitivos griegos y romanos, salvo los muy ignorantes, creyó jamás que Zeus, Plutón, Neptuno, etc., existieran personalmente, ni jamás los adoraron sino como símbolos y personificaciones de potestades sin forma.

De la misma manera, pues la forma o cuerpo del hombre no es el cuerpo real, sino un símbolo, una personificación del carácter y atributos del hombre verdadero, los pensamientos de la entidad real expresados en forma material.

Los antiguos sabían estas cosas, aunque los presumidos sabios de la presente época confunden la ilusión exterior con las verdades internas; la forma con el principio. A la moderna religión materialista se debe la degradación del Espíritu universal en un ser limitado y las grandes potestades de la naturaleza en los santos cristianos.

Penetramos en una habitación circular en forma de templo. No tenía ventanas, pero recibía la luz de una cúpula de cristal transparente, bajo la cual y muy por encima de nuestras cabezas, fundido en oro, había un doble triángulo enlazado, de grandes dimensiones, rodeado por una serpiente mordiéndose la cola. En mitad

de la sala, perpendicularmente bajo dicho símbolo, aparecía una mesa redonda cubierta de mármol blanco, en cuyo centro de hallaba otra diminuta representación planteada de la misma figura de encima.

Adornaban la pared varias estanterías, con gran número de libros alquímicos. En uno de los extremos de la habitación, alzábase una especie de altar, sobre el que resplandecía una lámpara. Un par de alambiques, algunos frascos encima de una mesa lateral y dos butacas completaban el mobiliario de aquella pieza.

Miré en torno de mí, esperando hallar algún hornillo, estufa, retorta u otros utensilios de los que tenía mención por los libros de alquimia que conocía; pero nada eso había allí.

Mi profesor, leyendo mis pensamientos me dijo riendo:

- ¿Esperabais encontrar aquí la tienda de un boticario? Os equivocáis, amigo mío. Toda esta colección de vasijas y botellas, de hornillos y estufas, de retortas, morteros, filtros, compresores, aparatos destiladores, purificadores o refinadores, etc., descritos en los libros de Alquimia, no pasan de constituir un vocabulario para desconcertar a egoístas, viciosos y a los ansiosos de entrar en posesión de los misterios sin estar todavía preparados para recibirlos.

La verdadera Alquimia no exige labor inecánica. Consiste en la purificación del alma y en la transmutación del hombre animal en ser divino.

A los principios invisibles que constituyen el hombre, se les llama metales, para demostrar que son más durables y resistentes que la carne y la sangre. Los metales formados por sus pensamientos y deseos continúan existiendo aun después de disuelto el elemento perecedero que constituye su cuerpo físico. Los principios animales del hombre representan los metales de inferior calidad, que informan su baja constitución y que deben transmutarse en metales más puros, trocando los vicios de todos los colores, se convierten en el oro de la pura espiritualidad.

Para alcanzarlo, preciso es que los más groseros elementos de la forma mueran, y se descompongan, de suerte que el rayo del espíritu, penetrando en la compacta concha, llame al hombre que mora en lo profundo a la vida y a la actividad.

- Así, pues – dije - ¿todos estos preceptos alquímicos que hallamos en los libros, no se deben interpretar más que en sentido figurado y para nada se requieren las sustancias químicas, tales como la sal, el azufre, el mercurio, etcétera?
- No en absoluto – respondió el Adepto -; los reinos de la naturaleza no están separados por líneas bruscas, y el resultado de las leyes manifestadas en un reino hallan sus correspondientes analogías en otros. Los mismos procesos que rigen en los planos espirituales se reproducen a través del astral y del

físico, adaptados, naturalmente, a las modificaciones impuestas por las condiciones de existencia de dichos planos. La Naturaleza no es un conglomerado de objetos y de elementos distintos en esencia, como se figuran vuestros sabios, sino un todo y cada partícula que la contiene. Este es un hecho conocido por los antiguos alquimistas y que los modernos químicos harían bien en recordar. Todavía hallamos en el “Zohar” el pasaje siguiente, que os recomiendo transcribáis en vuestro libro para no olvidarlo:

“Todo cuanto existe en la Tierra tiene su contraparte etérea debajo de la Tierra (es decir, en el reino que la compenetra), y nada existe en el mundo, por insignificante que aparezca, que no dependa de algo superior (o más profundo), de modo que si la parte inferior actúa, su contraparte superior predominante reacciona sobre ella”.

El Microcosmos del hombre es verdaderamente una contraparte, una imagen, una representación del Macrocosmos de la Naturaleza. En el primero se contienen todos los poderes, todos los principios, todas las fuerzas, las esencias y las sustancias que contiene el último, desde el principio espiritual supremo y divino llamado Dios, hasta la más grosera modalidad de la Universal Vida Única que se denomina Materia. Estos principios pueden hallarse latentes o activos en uno de los dos organismos; pueden existir simplemente en germen en una forma o pueden hallarse en estado de desenvolvimiento.

En todo ser humano se hallan contenidas en estado latente las esencias que constituyen el reino mineral, vegetal y humano; en todo hombre se hallan contenidos los principios que pueden desenvolverse en un tigre, una serpiente, un cerdo, un dragón, un sabio o un malvado, un ángel o un demonio, en un Adepto o en un Dios. Estos elementos, que coadyuvan a su desarrollo y crecimiento, provienen de la naturaleza del hombre y constituyen su propia esencia.

Observad el doble triángulo entrelazado encima de nuestras cabezas; representa el Macrocosmos con todas las fuerzas que lo contienen, la interpenetración del Espíritu y de la Materia en el círculo sin fin de la eternidad. Fijaos en el símbolo más pequeño representado en el centro de la mesa que tenemos ante nosotros; significa los mismos elementos en la constitución del Hombre. Si pudierais fundir los dos triángulos enlazados que compenetran vuestro ser con los que existen en el Universo, vuestros poderes serían los poderes de la Naturaleza, y lograrían guiar y dirigir por vuestra voluntad razonadora los procesos que inconscientemente se efectúan en los dominios de aquélla.

El proceso universal, determinante de todos los procesos vitales, es el principio de vida. Todo el que sea capaz de guiar y dominar el poder vital por medio de su voluntad, es alquimista. Puede crear nuevas formas y aumentar la sustancia que integra las formas. El químico nada crea, sino que elabora simplemente nuevas formas con las sustancias que ya posee; el alquimista hace que la sustancia atraiga otros elementos del depósito invisible de la Naturaleza, y de este modo la

acrecienta. El químico opera con elementos en que el principio de vida permanece inactivo, es decir, que se manifiesta simplemente como energía mecánica o química; pero el alquimista opera con el principio mismo de la vida y por esta causa los elementos vivientes vienen a la existencia. El químico puede transformar el azufre en un gas invisible y convertido otra vez en la primitiva substancia, quedando al fin la misma cantidad de azufre con que comenzó el experimento; pero el jardinero que sepulta una simiente en el suelo y prepara las condiciones necesarias para que fructifique un árbol, es alquimista, ya que atrae a la existencia algo que no existía en la semilla, y que ofrece, por medio de un simple grano, infinidad de semillas semejantes.

- Pero se dice – objeté yo – que los Rosacruces poseen el poder de transmutar el hierro, el mercurio o la plata en oro. Seguramente no existe ni una partícula áurea en la plata o en el mercurio en su grado de pureza; ¿cómo es posible, pues, que extraigan de ellos algo que contienen?

Sonrió el Adepto, y dijo:

- De vuestro labios sale la sapiente ignorancia de la civilización moderna, que no pueden columbrar la realidad por haber creado una montaña de errores y de prejuicios científicos que se levantan entre ella y la verdad. Permitid que os diga una vez más que la Naturaleza es una Unidad y que, en consecuencia, cada partícula de materia, incluso la más ínfima, forma parte de la naturaleza, en la que subyacen ocultas las posibilidades todas que sustenta su conjunto. Cada grado de polvo puede, bajo favorables condiciones, convertirse en un universo donde los elementos todos de la Naturaleza se agrupan y colaboran.

Vuestros sabios son incapaces de comprender tal verdad, porque sus doctrinas sobre la constitución de la materia y de la energía son completamente falsas. Vuestro dualismo teológico ha sido causa de inauditas miserias, al suscitar una continua querrela entre Dios y el Diablo; vuestro politeísmo científico ciega la mirada, obstruye el juicio y mantiene en la más crasa ignorancia a los eruditos. ¿Qué sabéis de los atributos de la materia primordial? ¿Qué de la diferencia entre la materia y la fuerza? Todas las substancias llamadas simples dimanaron originariamente de la primordial. Mas esta materia primordial es una Unidad, su esencia es Una y, por lo tanto, cada partícula de ella posee en sí el poder de, bajo ciertas condiciones, convertirse en oro; en otros varios aspectos en hierro o en mercurio, etc. Así lo entendían los antiguos alquimistas, cuando decían que cada uno de los siete metales contiene los principios de otros siete, al tiempo que enseñaban cómo, para transmutar un cuerpo en otro, debía reducirse de antemano a su Materia Prima.

Pero observo – continuó – que anheláis comprobar experimentalmente la verdad de tales teorías. Vamos a ver si es posible extraer oro de su semilla.

Sin levantarse de la amplia butaca donde se hallaba sentado, rogóme que tomara uno de los crisoles que había sobre la mesa, y luego de cerciorarse de que estaba vacío, me indicó que lo colocará sobre un trípode, encima de la llama que ardía en el altar.

Hice lo que me indicaba. Después continuó:

- Tomad ahora algunas monedas de plata de vuestro bolsillo y echadlas en el crisol.

Tomé siete marcos que llevaba y cumplí lo que me decía. Al cabo de algunos minutos, las monedas empezaron a fundirse, hasta que se derritieron. Entonces se lo advertí al Adepto, quien me indicó encima de una mesa una botellita que contenía un polvo encarnado. Y con una cucharita de plata que hallé a su lado, saqué de la botella uno o dos granitos de aquel polvo e hice ademán, acto continuo, de echarlos en el crisol. Pero en el mismo instante me detuvo Theodorus, advirtiéndome que contenía la cucharada demasiada cantidad de polvo y que no debía desperdiciarlo.

Hízomelo verter de nuevo en la botella y luego de enjugar la cucharita con un pedacito de papel, me indicó que lo echara en el crisol. La cantidad de polvo rojo adherido a la superficie de la cuchara era tan ínfima, que apenas se notaba a simple vista; no obstante, cumplí lo que me indicaba, y eché el pedacito de papel en el argentino líquido. Quemóse inmediatamente, y en el mismo instante el metal fundido entró en ebullición y el líquido subió precipitadamente hacia la superficie del crisol, hasta tal punto, que temí se desbordara; pero, cada hervor deteníase en la misma superficie, y al desplegarse ofrecía una varia irisación de colores magníficos.

Duró el espectáculo unos quince minutos. La ebullición cesó y la masa espumosa precipitóse en el fondo del crisol. Esperó Theodorus a que se hallara la masa inmóvil, y me rogó retirara la retorta del fuego y vertiera el contenido sobre una placa de mármol. Obedecí la indicación, e inmediatamente la masa se solidificó y apareció convertida en oro purísimo.

- Tomad este oro – dijo Theodorus – y hacedlo analizar, para cercioraros de que no habéis sido presa de una alucinación.

Me quedé atónito y pensé cuánto se daría por conocer el secreto del polvo encarnado. Hubiera querido solicitar al Adepto la explicación de tal preparado, pero no osé formular la pregunta en alta voz, por temor de que Theodorus creyera que deseaba conocer el secreto con el propósito de enriquecerme. Mas leyó el Adepto en mi pensamiento y dijo:

- El secreto de la preparación de este polvo encarnado no puede ser revelado a los hombres hasta que hayan transcendido su aspecto inferior, ya que para su

conocimiento no basta la explicación de la teoría: hace falta adquirir su enseñanza práctica. ¿Cómo es posible enseñar a los seres humanos a valerse de poderes que no poseen y cuya existencia desconocen? No obstante, dichos poderes están latentes en todo ser humano. Sería absurdo creer que el oro puede ser laborado de cualquier otra sustancia que del oro mismo; pero cada sustancia posee el germen del oro en su propia materia primordial.

En el laboratorio alquímico de la naturaleza, las piritas de hierro y de otras sustancias producen, en el curso de los años, el áureo metal, ya que el elemento del oro, contenido en su materia primordial, se desenvuelve por medio de la acción del principio vital de la Naturaleza hasta culminar en el oro visible. Este proceso que en el curso de la Naturaleza inconsciente demandaría un período de millones de años para llegar a su realización, lo puede lograr el Adepto en algunos minutos, si guían su poder volitivo la conciencia y la inteligencia espirituales. Es imposible, claro está, convertir en oro una cosa que no contenga su principio, como es imposible hacer brotar un manzano de un hueso de cereza. Y si queremos que de su simiente crezca el manzano, no la enterraremos seguramente bajo una roca, elegiremos terreno favorable, donde pueda desarrollarse al amparo del calor y de la humedad. Del mismo modo, si deseamos obtener oro de la semilla o principio del oro, debemos añadir el terreno que su desenvolvimiento requiere. Y este terreno lo suministra el polvo encarnado, que contiene el principio vital para la producción del oro. Buscad doquiera y no hallaréis sustancia alguna muerta. Lo mismo en el corazón de la piedra tosca que en yerto metal, late, soñolienta, la vida.

Si el principio vital de cualquier sustancia deviene activo, empieza esta última a tomar forma y a producir los varios matices que habéis observado en el contenido del crisol. Si la masa es sólida y fría, el elemento de vida laterá muy lentamente bajo la superficie de metal; sin embargo, la transmutación se efectuará gradualmente. Pero, de lo contrario en la masa fundida, la sustancia vivificante, se mezcla y compenetra por entera con el metal; la ebullición tiene lugar y la transmutación se efectúa rápidamente.

¿Por qué el crecimiento, desenvolvimiento y transmutación de formas se efectúa solamente en los reinos vegetal y animal? En el reino mineral ocurre idéntico proceso, con la sola y única diferencia de que, en los primeros, dura un período de tiempo relativamente corto para la perceptible observación durante la vida del hombre, mientras que, en el último, el proceso es mucho más lento y multitud de generaciones humanas aparecen y pasan sin notar perceptible progreso ni crecimiento en la forma del mineral.

La semilla para la reproducción de las plantas crece en las plantas mismas; el germen para la propagación del mineral está contenido en él; de la propia suerte, la “semilla” para la producción del metal reposa en su interior. No basta fundir simplemente el oro para producirlo; debe ser antes reducido a lo que los

alquimistas llaman el Agua y que significa la materia primordial. Y esto se logra con la adición del polvo encarnado que, en cantidad casi imperceptible, es suficiente para producir el desenvolvimiento de gran cantidad de oro. El insignificante número de partículas de polvo que vos habéis empleado, ha sido suficiente y hasta excesivo para la transmutación de vuestras plata, como podéis por vos mismo observar. Ved y os cercioraréis de que vuestro oro no ha absorbido la totalidad de polvo encarnado adherido al papel.

Examiné el oro, que en aquel momento se hallaba ya lo bastante templado para soportarlo la sensibilidad del tacto, y verdaderamente percibí, adheridas a su superficie, unas como perlititas rojas, semejantes a rubíes, que indicaban, sin duda, la localización del polvo encarnado que no había sido absorbido por la masa líquida.

- Este polvo... – continuó Theodorus – es el célebre León Rojo, de los alquimistas. Algunos lo denominan azufre; otros mercurio; otros lo llaman sal. Contiene algo de todos ellos, ya que los tres forman una trinidad en una unidad inseparable e indivisa.
- ¡Maestro ! – exclamé yo – mostradme este secreto, y yo os prometo no servirme jamás de sus resultados por ningún motivo egoísta, sea el que fuere. He aprendido bastante ocultismo para saber que las posesiones y las riquezas mundanas, no solamente son inútiles para el desenvolvimiento espiritual, sino que representan el más grave obstáculo en el Sendero de los anhelantes de progreso. Ansío conocer la verdad sólo por amor a la verdad, y no con el propósito de obtener de ella un beneficio egoísta.
- Muy bien – respondió el Adepto – yo haré cuanto me sea posible para mostraros la guía; pero debéis avanzar por vos mismo. enseñaros el secreto creador del oro, equivale a revelaros los secretos todos de la constitución de la Naturaleza y de su contraparte, el humano microcosmos. Esto no pude realizar en breves horas ni en varios días: y sería oponerse a las prescripciones de nuestra orden reteneros aquí después de la puesta del sol.

Mas, a fin de proporcionaros el medio de aprender la ciencia de la Alquimia, os prestaré un libro, que podréis leer y estudiar; si conserváis vuestra facultad de intuición transcendente y vuestro pensamiento sin nubes, permaneceré, aunque invisible, cerca de vos, para ayudaros a penetrar el significado de los secretos símbolos que contiene.

Y con estas palabras, me ofreció Theodorus un libro de imágenes y símbolos que contenía cierto número de láminas en colores. Sobre la vieja cubierta se leía este título: “The secret Symbols of the Rosicrucians of the Sixteenthland Seventeenth Centuries”.

- Las dimensiones del libro – continuó el Adepto – le hacen objeto embarazoso para el cómodo descenso de la montaña, pero os lo enviaré a la hospedería del lugar, donde lo hallaréis a vuestra llegada.

Expresé mi agradecimiento al Adepto, y miré una vez más el libro misterioso. Hojé sus páginas y por sus títulos me percaté de que trataba de profundos misterios del Macrocosmos y del Microcosmos, el Tiempo y la Eternidad, los Nombres Ocultos, los Cuatro Elementos, la Trinidad del Todo, la Regeneración, la Alquimia, la Filosofía y la Cábala; era, en verdad, la Ciencia Universal.

- Si llegáis a la práctica comprensión del contenido de este libro – dijo Theodorus – sabréis, no solamente la manera de obtener el oro de los metales ínfimos que al fin y al cabo no es más que uno de los más inferiores aspectos insignificantes y comparativamente inútiles de nuestro Arte, sino el misterio de la Rosa y de la Cruz; sabréis cómo adueñaros de la Piedra Filosofal y de la Universal Panacea que hace inmortales a sus poseedores. Entonces sabréis, no solamente el medio de dirigir el oculto proceso de la vida, precipitando el crecimiento de las perlas, diamantes y todas las piedras preciosas, sino cómo humanizar el animal y cómo divinizar al hombre. Pero sólo es verdaderamente necesaria la práctica de este último proceso alquímico. En comparación a él, los demás procedimientos no pasan de ser juegos de niños. ¿De qué nos serviría correr tras las ilusiones que desvanece el tiempo, si podemos obtener en nuestro propio interior lo único real y eterno?.

Pregunté al Adepto si me era permitido mostrar el libro a alguien o de prestarlo para su copia o impresión, a lo que me respondió:

- Pocas personas hay actualmente en el mundo capaces de comprender el libro en el profundo sentido; mas existe una escasa minoría, deseosa de conocer la verdad y por el interés de este pequeño número, podéis intentar difundir su secreto como quien echa margaritas a los cerdos. Los símbolos contenidos en estas páginas, no deben mirarse y estudiarse simplemente por el intelecto, sino dejar que su verdad compenetre el espíritu. Como aclaración, os diré que cada símbolo y cada signo oculto, desde el simple punto hasta el doble triángulo enlazado y la Rosa y la Cruz, deben entenderse, según tres significados. El primero, es el aspecto exotérico, fácilmente comprensible; el segundo, el significado esotérico o secreto que puede explicarse intelectualmente, pero el más profundo o misterioso, es el tercero, el aspecto espiritual, que no puede ser explicado, sino experimentado prácticamente por el espíritu. Y se llega a esta práctica experiencia interna por el poder de la intuición, o sea la facultad por la que el espíritu presiente a menudo la presencia de las cosas que no pueden penetrar los corporales sentidos, ni en consecuencia, comprenderlo el intelecto, en tanto no se posea el poder espiritual. Cuando una persona presiente el lado oculto de una cosa en lo íntimo de su corazón y ve con su

vista interna y comprende sus atributos con el auxilio del intelecto, entonces, a tal persona se le llama iluminada, y se convierte prácticamente en Adepto.

Así como el número tres se forma del uno, el siete deriva del tres; ya que por medio de una combinación de tres números o letras fórmanse consecutivamente cuatro combinaciones, constituyendo con el originario tres el número siete, así, no solamente existen tres, sino siete definiciones de cada símbolo. Ved, pues, cuán complicado es el asunto y cómo demanda un profundo estudio. Y lo que yo os explicara referente a estos símbolos, no os ayudaría en la evolución de su verdadero conocimiento, ya que la adquisición del saber prestado no conduce a la sabiduría real. A menudo, esto no da por resultado más que recargar la memoria de opiniones ajenas y tal ciencia es del género de las que se aprenden en escuelas y universidades, pero que no nos satisfacen a nosotros.

El ser por sí forma verdaderamente al hombre, y únicamente lo que por propia experiencia descubre, conoce en verdad.

En el tiempo en que moré entre los hombres, mantuve encarnizadas polémicas con médicos y teólogos que vivían de la ignorancia del pueblo, ya que cuanto más despertaban a la luz del conocimiento a las gentes, más mermaba la despensa de los primeros. Y observé generalmente que, cuanto más eruditos eran los doctores, más faltos de razón se hallaban.

Ahora vivo aquí en paz, y apenas me ocupo de los argumentos y discusiones de los hombres. Sólo de cuando en cuando echo una ojeada sobre el mundo, y no columbro mejoramiento alguno.

- No obstante – dije yo – no negaréis que la ciencia ha adelantado mucho de entonces acá.
- Verdad es – me contestó –; avanza en ciertos aspectos y retrocede en otros. Ha producido multitud de inventos destinados al acrecentamiento del bienestar físico del hombre, halagando sus deseos; pero a medida que estos deseos se satisfacen, crecen y aumentan, creando nuevas necesidades. Muchas de vuestras más útiles invenciones se han llevado a cabo, no con el auxilio, sino a despecho de vuestras profesionales. Mas... ¿qué utilidad reportan estas invenciones al eterno bienestar del hombre, si sólo sirven para comodidad de la forma física y, una vez cesa la vida de esta forma, cesa también la utilidad? Esos adelantos serían perfectos, si las gentes no mal gastaran el tiempo en goces y pasatiempos, descuidando la transmutación de los metales, que perdura mucho más allá de la forma material.

Además, si tuvieran los hombres desenvueltas sus facultades psíquicas, muchos de vuestros más útiles descubrimientos serían completamente innecesarios, pues los substituirían más ventajosos métodos, del mismo modo que los arcos y flechas

fueron inútiles después del descubrimiento de la pólvora y los cañones. Estáis muy satisfechos del uso de los ferrocarriles y del telégrafo; pero ¿de qué le sirven al que puede viajar de un punto a otro con la velocidad del pensamiento, por distantes que estén ambos lugares? Aprended a encadenar los espíritus elementales de la naturaleza al carro de vuestra ciencia y os será posible cabalgar en el Águila y escalar los cielos.

- Me consideraré feliz – exclamé yo – si me indicáis la manera cómo puede una persona viajar con la velocidad del pensamiento. Creo que el cuerpo físico debe ser, en este caso, insoportablemente embarazoso.
- El hombre psíquicamente desarrollado para nada necesita llevar consigo la pesada envoltura material en sus excursiones – respondió Theodorus - ¿Qué y quién es el Hombre? ¿Es el mecanismo semianimal que come, bebe y anda y que pierde casi la mitad de su vida en el sueño inconsciente? ¿Es el montón de huesos y músculos, de sangre y nervios sensibles, que estorba los libres movimientos del espíritu en él encadenado? ¿O es algo invisible que piensa, que siente y sabe que existe?
- Sin duda – contesté – el hombre real es el principio pensante en el hombre.
- Sin tal admitís – dijo el Adepto -, convendréis también conmigo que el hombre verdadero está en el lugar donde siente y percibe, es decir, donde existe su conciencia. Pensar es facultad de la mente, y no del cuerpo físico. Allí donde nuestra mente ejerce esta facultad, tiene el hombre su real morada. Que el cuerpo físico esté también allí no es cosa que deba interesarnos como no nos interesaría cargar con un abrigo de invierno en nuestros paseos estivales. Pensar es patrimonio de la mentalidad, y la mentalidad es universal. Si nos acostumbramos a pensar independientemente del cerebro físico, podremos ejercer esta facultad dondequiera del universo, libres del yugo de la grosera envoltura.
- Pero, ¿cómo es posible – objeté yo – que un principio universal y, por lo tanto, inorgánico, pueda pensar sin emplear para ello un instrumento orgánico?
- ¡Mortal de limitada visión! – me respondió Theodorus -. ¿Quién dice que la Mentalidad Universal no esté organizada? ¿Quién carece de juicio suficiente para considerar que el vital principio conscientemente organizado, el más elevado del universo, no tiene organización, cuando los reinos inferiores que pueblan la superficie terrestre, como cristales, plantas y brutos no existirían sin el principio organológico? Ciertamente, el aire no piensa, no posee organismo determinado. Pero la mentalidad Universal no es el aire ni mucho menos el espacio vacío; nada de común con ella tienen uno ni otro y no obstante todo lo compenetra y doquiera se halla presente. Es, en suma, el superior principio organizado del universo.

El hombre inferior, en quien la conciencia de su superior identidad espiritual no se halla todavía desenvuelta, no puede pensar sin cerebro físico, ni puede experimentar la conciencia de que todavía carece, ni ejercer una facultad todavía latente en su organismo; pero el hombre consciente de su identidad superior y cuya vida está concentrada en los superiores principios existentes independientemente de la envoltura física, constituye un centro espiritual de conciencia que no necesita cerebro físico para pensar, del mismo modo que podréis prescindir vos del servicio de vuestras manos y pies para formular un pensamiento.

Si un individuo en estado sonambólico se traslada en cuerpo astral a un lugar distante y aporta su visión e impresiones de allá, no diremos que haya estado en tal lugar con su cuerpo físico, y menos aún que se haya llevado consigo la masa encefálica, dejando en el cuerpo el cráneo vacío. ¡Cuán absurda resulta tal idea! Pero su absurdidad no excede a la de vuestra insinuación de que la mentalidad universal carece de organismo.

Quedé algo confuso de haber vertido inconsideradamente una opinión sobre un asunto que excedía, a todas miras, mi capacidad y conocimientos. Entonces, vislumbrando el Adepto mi estado, continuó en tono más suave:

- Si deseáis conocer la organización de la naturaleza, estudiad vuestra propia constitución, no solamente en su aspecto físico, anatómico y fisiológico, sino especialmente en el aspecto psicológico. Estudiad lo que podemos llamar la fisiología de vuestra alma. Si vuestro pie no estuviera constituido por una substancia organizada en directa e íntima correspondencia con vuestro cerebro por el concurso de los nervios y de la médula espinal, jamás seríais capaz de experimentar la más leve sensación en vuestro pie, lo podríais quemar o amputar y, a menos de conscientemente presenciarlo, no advertiríais su destrucción.

Vos no pensáis con vuestro pie, sino con vuestro cerebro: o, para expresarlo con mayor certeza, por mediación de vuestro cerebro. Si os hallarais evolutivamente más desarrollado, seríais capaz de transmitir vuestro pensamiento y vuestra conciencia desde el cerebro a los pies o a cualquier otra parte de vuestro organismo y, por decirlo así, vivir reconcentrado en ella, aparte de todos los restantes órganos. Algunos de vuestros más preclaros sabios comprenden ya que la sensación y la conciencia pueden quedar eliminadas de una parte cualquiera del cuerpo, sea por efecto de la voluntad y de la imaginación, sea por el poder de un magnetizador o mesmerizador. Del propio modo, puede llevarse a cabo el hecho opuesto, y concentrarse una persona en una parte cualquiera de su propio organismo o del gran organismo de la naturaleza, con el que está íntima e indisoluble, aunque invisiblemente ligada.

El que se considera independientemente existente de la naturaleza y separado ella, es un iluso. La fundamental doctrina del Ocultismo consiste en que la Naturaleza es Una y que todas sus criaturas se hallan mutuas e íntimamente ligadas y que cada cosa obra en todo cuanto contiene.

La ilusión de la forma es causa de la sensación de aislamiento y separatividad en los individuos. La forma humana no es el hombre, sino simplemente un estado de materia constantemente expuesta a cambio, y en la que temporáneamente mora.

Podemos compararla a la imagen de un espejo, donde el carácter del hombre se refleja imperfectamente, y aunque éste difiera de la imagen reflejada que temporalmente dota de vida, sensación y conciencia, sin embargo, la forma no deja de ser semejante a la imagen, ya que la vida, la sensación y la conciencia, no son patrimonio de la envoltura material, sino funciones del hombre invisible, pero real, que constituye un fragmento del invisible, organismo de la naturaleza. Su mentalidad es parte de la universal mentalidad, y el que sabedor de esto comprender su verdadero carácter y conoce sus inherentes poderes, es capaz de concentrar poderosamente la conciencia en cualquier punto y lugar, dentro o fuera de su forma física y ver, sentir y comprender lo que allí acontece.

- Tan grandiosas son para mi esas ideas – dijo – que me considero todavía incapaz de abarcar su alto significado; pero temo que jamás las admitan nuestros eruditos, que nada vislumbran más allá de los cerrados sistemas por ellos establecidos.
- Verdad es – respondió el Adepto -. Tales ideas no serán admitidas ni comprendidas por la presente generación de científicas autoridades; pero las conocerán en el porvenir quienes, además de la erudición, posean la sabiduría, del mismo modo que fueron patrimonio de los sabios del pasado.

La presunción y la ignorancia son gemelas; y cuando el hombre se considera independiente y distintamente de los demás, crece en vanidad, y cuando más instruido está en la ciencia superficial, más aumenta el sentimiento de su superioridad y se engríe de su imaginaria supremacía.

La conciencia de la gran mayoría de los inteligentes de nuestra época intelectual, está casi por completo localizada en el cerebro; viven, por decirlo así, únicamente en el desván de su casa. pero el centro de la vida es el corazón; y si la conciencia no se concentra en este primario núcleo vital, se irá paulatinamente apartando de allí, hasta desvanecerse. Que los que anhelan crecer espiritualmente traten de acercar el pensamiento al corazón, en lugar de localizarlo fríamente en las estrechas lindes del cerebro. Que traten de sumergir, día tras día, su poder pensante en su poder senciente, el primordial principio de la vida, hasta que su conciencia more allí. De momento, no percibirán más que tinieblas, pero si perseveran en sus esfuerzos, descubrirán que la vida de tal centro es luz para la

mentalidad humana. Y esa luz inextinguible enviará sus rayos hasta la región sidérea, donde el hombre ve su pasado, su presente y su porvenir.

Los más profundos misterios de la naturaleza se develan con sencillez pasmosa si preferimos observarlos a prestar atención a nuestras ilusiones. Las más grandes ideas son fáciles de comprender cuando preferimos comprenderlas a aferrarnos a las forjadas por nosotros mismos. La mentalidad humana es comparable a un espejo en donde ideas flotantes en la universal mentalidad se reflejan como en un lago tranquilo las nubes pasajeras. Si su líquida superficie está alterada, las imágenes se deforman; si las aguas se enturbian, el reflejo cesa por completo. Del mismo modo, si la mentalidad humana se halla en apacible estado, libre de elementos extraños, revelará las superiores y nobles ideas existentes en el mundo mental.

Si queremos pensar razonablemente, debemos permitir que la Razón se asiente en el alto trono de nuestro cerebro; pero si nuestra personalidad intenta superarla, el pensamiento se llena de nuestras propias y ajenas imágenes ilusorias y no podemos percibir la verdad imparcial y desiluda, sino la que por tal imaginamos.

Esta verdad la hallaréis simbólica o alegóricamente representada en todos los sistemas religiosos y mitológicos del mundo. Es la vieja historia de la caída del hombre. Mientras en remotas edades permaneció el hombre en estado de pureza, es decir, mientras su voluntad y su imaginación del poder espiritual actuante en la naturaleza, conoció la verdad y fue omnipotente; pero en cuanto empezó a considerar su existencia aislada del gran poder del universo, perdió de vista la verdad, cegado por sus propias ilusiones. Si el hombre ansía poseer de nuevo la verdad, debe despojarse de su personal visión pensante y razonadora y dejar que la Razón piense y quiera en él. Pero antes lograréis persuadir al avaro de que abandone su tesoro, amasado con las ansías de toda su vida, que convencer a un filósofo moderno de que desista de sus prejuicios.

Veo en vuestro corazón el deseo de constituir una sociedad razonable; pero permitid que os prevenga que si intentáis su realización por medio de un llamamiento a vuestros sabios, elegiréis el método más desviado para el logro de la iniciativa, y estad seguro de su fracaso.

- Supongo – dije – que podría hallar el medio de establecer una sociedad o escuela dedicada al desenvolvimiento espiritual, donde los anhelos de perfeccionamiento podrían emplear fuerzas en la consecución de lo verdaderamente útil y durable, en lugar de verse obligados a seguir la corriente ilusoria del mundo. He hallado mentalmente un lugar solitario donde los miembros todos de una tal sociedad podrían desenvolver su vida interior. Yo sueño con un monasterio teosófico donde sea posible una vida semejante a la vuestra, rodeados de toda magnificencia, de toda la sublimidad y la calma de la naturaleza, para escapar a la esclavitud de la mundana sociedad y marchar

rectamente por el camino del adaptado. Pero seguramente no escogería para ellos a gentes incultas e ignorantes.

- Buscadlas entre los puros y virtuosos – respondió Tehodorus – y acertaréis en vuestra elección. Elegidlas entre los desprovistos de prejuicios y opiniones preconcebidas. Enseñadles los medios del desenvolvimiento de las facultades de percepción espiritual y pronto lograréis la sociedad lumbrera y prez del mundo.

Lo que hoy denominamos ciencia y educación, no es más que un complicado método encaminado a la adquisición de un insignificante conocimiento superficial que el género humano se ve forzado a adquirir, ya que nada se le enseña, en cambio, del desenvolvimiento de las facultades del espíritu. Si un método tal se enseñara y practicara, el verdadero conocimiento ocuparía presto la plaza del falso saber, la certeza la de la hipótesis, la convicción la de la opinión, la fe la de la creencia.

Si los moradores de vuestro proyectado monasterio no tuvieran su personal manera de querer e imaginar por si mismos, sino que todos fuesen vivientes espejos donde se reflejara sin mancha la divina sabiduría, semejante monasterio fuera el más alto ornamento del mundo. Tales centros de inteligencia espiritual lucirían como soles de primera magnitud en el horizonte mental del mundo.

Uno solo de ellos bastaría para iluminar el orbe entero con su sabiduría y enviar sus intelectuales rayos hasta los más ignorados limites del planeta.

- ¿Y qué es lo que impide el establecimiento de semejante centro de sabiduría? – observé yo.
- Nada, si exceptuamos las imperfecciones del hombre – respondió el Adepto. – dos fuentes hay de donde emanan los obstáculos que obstruyen la senda de los ansiosos de alcanzar el conocimiento de sí mismo y la inmortalidad. Unos provienen del ser interior del hombre y otros de las condiciones externas en que vive.

Los obstáculos interiores los causan los prejuicios y las falsas nociones científicas y teológicas adquiridas y las fuerzas elementarias vivientes en el principio inferior de la constitución humana. Nutridos por las condiciones de la vida externa, crecen y se robustecen manifestándose de diversos modos y generando los impulsos animales, que, aunados con las preconcepciones del intelecto, devienen de la más peligrosa especie en forma de vicios, como la ambición, la vanidad, la avaricia, la intolerancia, el egoísmo, etc.

Cada uno de esos elementos animales o elementarios pueden desarrollarse hasta constituir un ser intelectual, pero sin facultad razonadora y finalmente ocupar el

lugar del Ego en el hombre, quien puede tener en su interior varias entidades semejantes, hasta que una de ellas prepondere y se erija en señor del reino de su alma. Cada uno de esos seres absorbe parte de la vida y de la conciencia del hombre en cuya alma se halla aferrado y puede paulatinamente dilatarse hasta sus más extensos confines, apoderándose de su ser intelectual y paralizar su razón o anularla.

La pululante multitud de esos elementarios intelectuales o semiintelectuales posee forma humana, aunque carece de razón, o cuando menos la posee en muy ínfimo grado.

Podéis verlos diariamente en las calles, en el púlpito, en el foro, en las aulas académicas o en los mercados.

El principal objeto del hombre en la vida consiste en velar por el dominio de su mentalidad libre de tales intrusos, de suerte que la razón soberana pueda dictar a todas horas su ley sin extrañas intervenciones. Su deber se cifra en entablar gigantesca batalla contra esos elementarios animales e intelectuales, hasta que los sojuzgue como servidores y los rechace como dueños. Y esto, ¿puede lograrse, si empleamos continuamente todas nuestras energías en el mundo exterior; si no penetramos nunca en nuestra morada interna; si nos hallamos siempre sujetos a las ilusiones de la vida, ya en busca de los placeres sensuales o en las tareas llamadas intelectuales, que nos brindan sólo el conocimiento superficial de lo pasajero y mudable, desdeñando el superior y profundo conocimiento del ser? Podemos consumir toda nuestra energía y la propio tiempo retenerla? Una respuesta afirmativa sería tan irreal como anticientífica.

Para que una fuerza sea vigorosa en su centro, debe dirigirse al centro, ya que sólo por la resistencia puede acumularse y vigorizarse. Si un soberano se marcha de su reino, dejándolo sin vigilancia y protección, puede hallar al volver que otro lo ha suplantado. Para vencer a la naturaleza debemos librar nuestras propias batallas y no esperar a que la naturaleza la libre por nosotros.

Cuando mayormente las tentaciones del mundo externo, por medio de los sentidos estimulen a la vida y a la actividad los elementos animales de la constitución humana, más fragorosa será la batalla y más potente la razón del hombre si alcanza la victoria.

He aquí la batalla que libró el gran Gautama el Buda, de la que salió victorioso, ya que peleaba bajo la protectora sombra del Árbol Bodhi o de la Sabiduría.

Trataré de daros una explicación racional y científica de los efectos de la concentración mental y de la introspección; y para que no imaginéis que voy a revelaros secretos prohibidos a los no iniciados, os recomiendo por anticipado las obras del gran filósofo griego Plotino, quien los dio de antiguo al mundo, pero

cuyas ideas se hallan todavía muy lejos de penetrar el entendimiento de vuestras modernas lumbreras del saber.

Según este filósofo, nada existe en el universo, sino Dios. Pero, si no os place el vocablo, pendiente durante siglos de errónea interpretación y porque persistiendo en el mismo nombre continuaría imaginando absurdamente la plebe a un dios externo y antropomórfico, ya que no es posible hallar lugar alguno en la naturaleza para semejante dios, llamémosle lo Real.

Según Plotino, nada posee existencia verdadera fuera de la Realidad, y todos los fenómenos de este Universo son simplemente ilusorias imágenes creadas por esta inmanente realidad interna. Ningún hombre puede contemplar su faz sin la ayuda de un espejo. Del mismo modo, al despertar la realidad después del Gran Pralaya, no puede manifestarse, sino por medio de un espejo. No hay más substancia que la emanada de esa realidad y que le sirve de miraje.

Y, en consecuencia, podemos decir que lo real surge de su propio seno y se contempla a sí mismo. De este modo se crea una actividad mental, por cuyo medio lo Real percibe las imágenes inherentes a su propia substancia; y esta actividad, que, saliendo de la periferia se dirige al centro, se llama Mente Universal.

Idéntico proceso se efectúa si una persona por su propio poder de introspección, dirige sus pensamientos hacia su propio centro de conciencia, que existe en lo profundo de su corazón y trata de indagar lo que en sí mismo reside.

Sin embargo, esta actividad que se dirige hacia el interior, jamás hubiera podido crear un mundo externo, ya que éste permanece, por decirlo así, en la superficie, y demanda un poder centrífugo para ponerlo en existencia.

La actividad intelectual de esta vasta Mente, dimana de una fuerza centrípeta. Pero vos sabéis que a toda acción sigue la reacción. La fuerza centrípeta, al hallar en el centro su resistencia, reacciona y crea una actividad centrífuga llamada Alma. Esta energía anímica es el medidor entre el centro y la periferia, entre el Espíritu y la Materia, entre el Creador y sus creaciones, entre Dios y la Naturaleza, no importa el nombre con que queramos denominarlo. El Alma es el producto de la acción centrífuga de la actividad universal impelida por la acción centrípeta de la Imaginación del Universo.

Si este simple hecho, explicado sencillamente, desnudo de jergas científicas, de circunloquios filosóficos y de vocablos modernistas, se os muestra comprensible, toda vuestra labor radica en aplicarlo al hombre, esta microscópica contraparte del Gran Macrocosmos de la Naturaleza.

Si dirigís vuestro poder mental al interior de vuestro propio centro, en vez de vagar tras los objetos sensuales de los sentidos externos, la resistencia que hallará en el interior, causará su reacción, y cuanto más vigorosa sea la fuerza centrípeta que apliquéis, más vigorosa será también la fuerza centrífuga resultante. En otras palabras, crecerá y se expandirá vuestra alma, y a medida que se fortalezca, su substancia invisible y, sin embargo, material, penetraría en vuestro cuerpo físico y lo transformará en materia más sutil y elevada, y podréis convertirlos en todo alma, sin necesidad de cuerpo denso.

Pero mucho antes de que esto llegue, podéis subyugar la materia por medio de vuestra fuerza anímica, curar vuestras enfermedades y las de los demás, y producir infinidad de actos considerados mágicos y maravillosos, lo mismo a vuestro alrededor que a distancia de vuestra forma visible, ya que la potencialidad del alma no se limita al breve círculo de la actividad física, sino que irradia hasta los ámbitos más distantes de la amplia esfera de la Mentalidad Universal.

Manifesté a Theodorus que todas aquellas ideas me parecían harto grandiosas y demasiado nuevas para comprenderlas inmediatamente, pero que trataría de recordarlas y madurarlas más adelante.

- Bien haréis en obrar así – afirmó el Adepto; - yo velaré para que permanezcan en vuestra memoria.
- Si las doctrinas de Plotino son verdaderas – inquirí – la mayoría de nuestros pensadores yerra continuamente, dedicada por entero a la indagación de las cosas externas, sin preocuparse para nada del mundo interior.
- Y, en consecuencia – aseveró Theodorus – parecen envueltos en su castillo ilusorio; y la Biblia tiene razón al decir que “la palabra de los sabios del mundo es locura a los ojos del Eterno”.

¿De qué os servirá el fárrago de especulaciones intelectuales sobre los efímeros detalles y fenómenos de la vida, si os convertís luego en un imbécil decrepito al final de ella? ¿De qué os serviría errar por el mundo tras la satisfacción de la curiosidad de esos fenómenos pasajeros, para al perecer los sentidos físicos, hallar vuestra interior morada invadida por repugnantes larvas?

Quizá fuera preferible para los sabios conocer menos teorías científicas y, en cambio, tratar de poseer la práctica ciencia del propio conocimiento.

Preferible les fuera ignorar tantos datos científicos y obtener, en cambio, más fuerza espiritual. Si emplearan, por ejemplo, su tiempo y energías en desenvolver la facultad de la clarividencia espiritual, en lugar de prodigarlos en la investigación de las costumbres de ciertas especies de monos africanos, habría menos.

Si se esforzaran en lograr el salutífero poder de curar las enfermedades por medio de la imposición de manos, en vez de buscar nuevos métodos para emponzoñar a la humanidad con inoculaciones de sustancias deletéreas, ganaría mucho la humanidad.

Muchos son los individuos que trabajan incesantemente durante toda su vida sin llegar al fin de sus esfuerzos a obtener nada realmente provechoso. ¡Cuántos laboran intelectual o manualmente tras el logro de un determinado fin, del que hubiera sido mil veces preferible desistir!

La inmensa mayoría de gentes ocúpense en socavar y destruir la salud del hombre, en vez de curar sus males; en enseñar el error en vez de la verdad; en buscar lo inútil en vez de lo provechoso. Viven en lo externo y mueren sumidos en lo externo. Corren tras el dinero, y el dinero subsistirá, al paso que ellos morirán.

Los obstáculos derivados del mundo exterior se hallan íntimamente ligados con los del mundo interno, y no pueden separarse, ya que las tentaciones de orden externo crean los deseos íntimos, los cuales motivan a su vez medios materiales para su satisfacción. Sin embargo, personas hay que no apetecen las mundanales ilusiones, pero que no poseen todavía fuerza suficiente para resistirlas. Muchos anhelan desenvolvimiento espiritual y alcanzar la inmortalidad, pero se creen formados por las circunstancias exteriores, contra las cuales no osan batallar y resistir, consumiendo su energía en cosas no precisas en lugar de utilizarla en penetrar las honduras del alma y buscar allí la inestimable perla de la sabiduría.

Millares de individuos carecen del valor moral de romper con el atavismo de las costumbres sociales, los hábitos ridículos, los usos insubstanciales, que desdeñan interiormente, pero ante cuya general observancia claudican, ya que el vulgo considera un crimen social oponerse a ellas. Y de este modo, muchísimos sacrifican sus ocultas y elevadas ansias ante la estúpida deidad de la moda.

¿Quién osa romper los moldes por la moda impuestos, trocándolos por la libertad de la vida eterna? ¿Quién osa hacer frente a la calumnia y al desprecio de los ignorantes, obteniendo en su lugar el aplauso de los pocos sabios? ¿Quién posee el valor de incurrir en la mofa de los imbéciles, el ridículo de los ignorantes, la befa de los tontos, y ganar, en cambio, una luz que alumbra la existencia y desconocen los que viven sumidos en perpetuas tinieblas? Pero la gran mayoría sofoca la voz de la razón con las especulaciones del intelecto. Antes de lastimar su vanidad dejan morir de inanición su espíritu; antes de ser crucificados y renacer a la vida inmortal, prefieren someterse al yugo de la cadena escoriante; pierden el concepto de su libertad y, habituados a la prisión de sus mismas cadenas, empiezan a imponerlas a los otros, sancionando la verdad del poeta, cuando dijo:

“Maldito destino de toda mala acción Es engendrar perpetuamente el mal”.

Yo no soy de los que creen en la total depravación de la humana naturaleza; sé que los principios animales del hombre, por efecto de sus esfuerzos inherentes e instintivos para la conservación de la existencia, se oponen al desenvolvimiento de sus principios superiores, ya que la vida del principio superior supone la destrucción de la parte animal. Pero también sé que en todo ser humano late el poder del bien que puede desenvolverse si se le suministran las requeridas condiciones. Existen elementos benéficos y dañinos en todo hombre, y de nosotros depende la modalidad que de ellos queramos intensificar; de un hueso de cereza no brotará más que un cerezo; de la semilla del cardo no saldrán más que cardos; pero en cada hombre existe una vasta constelación de poderes donde todas las semillas brotan. Podéis convertirlo en cerdo o en tigre; en ángel o demonio, en sabio o insensato, según vuestro deseo.

El incensante apetito de más dinero, de más comodidades, de más placeres, cuando poseemos ya lo necesario, característica de nuestra civilización, no es necesariamente un signo de codicia, de vicio o de depravación moral, sino causas del impulso instintivo inherente a la constitución de todo hombre tras el logro de algo superior y elevado y que se manifiesta en el plano físico. Pero el hombre sabe también por instinto que, por rico que llegue a ser en fama y en dinero, no llegará jamás a la cumbre de su satisfacción; comprende la necesidad de la incesante lucha, pero no vislumbra su certero fin. Ignorante de la vida superior, lucha por el logro de lo que la vida inferior procura, y encamina sus energías a la ambición de posesiones inútiles.

Así, podemos ver un saltamontes o una mariposa que, al caer en un lago, hace vanos esfuerzos para salvarse, en dirección opuesta a la orilla, porque ignora los medios de salvación. Del mismo modo, la maldición del mundo y la raíz de todos sus males, es la ignorancia. Todos los males del hombre radican en el desconocimiento de su naturaleza esencial y de su elevado e infinito destino. Y todo verdadero sistema religioso o científico habría de esforzarse en extirpar la ignorancia.

Bien es verdad que la ignorancia y la vanidad son hermanas gemelas y que el ignorante odia a quien sabe más que él. Mas, si un hombre, conociendo de antemano las necesidades de su naturaleza, y deseoso de emplear sus energías en el logro de un estado superior o sea afirmar su virilidad rebelándose contra las cadenas de la costumbre, ¿podrá continuar viviendo con seguridad en el mismo ambiente? Y aunque emigrara hacia otro lugar lejano ¿no se hallará expuesto a idénticos inconvenientes? Permanecerá todavía entre quienes aborrecen la luz, porque crecieron entre tinieblas y no le comprenderán, sospecharán sus verdaderos motivos y le perseguirán; y desgraciado de él si la serpiente de la calumnia clava su aspid ponzoñoso sobre alguna de sus humanas flaquezas. Doquiera reina la oscuridad, existe el horror a la luz. Doquiera entra un ignorante, con él entran sus imperfecciones. Doquiera hay ignorancia, allí están a su servicio los malignos ángeles de la sospecha, la envidia y el temor. ¿No fuera más propio

de una verdadera ciencia ilustrar al hombre sobre su real naturaleza que inventar teorías referentes a las causas de fenómenos que ella desconoce y no puede prever ?

Pero lo que parece de imposible realización para los aislados esfuerzos de un solo individuo, puede a veces ser factible con la cooperación de varios. Esta ley prevalece en todos los órdenes de la naturaleza. Si un suficiente número de individuos resueltos a apartarse de la arlequinesca escena del mundo y de la locura de la existencia burguesa, logran armonizarse mutuamente, llegarían a constituir una fuerza lo suficientemente poderosa para contrarrestar los embates del monstruo que los devoraría uno a uno aisladamente, de no ayudarse en común, unidos y compenetrados.

Hubo en remota épocas, lo mismo que actualmente, buen número de seres que vislumbraron una superior vida interna y trataron de rodearse de las más favorables condiciones para su logro. Dichas personas se encuentran no solamente entre los pueblos do impera el cristianismo, sino entre los paganos. Millares de años ha que lamaserías o logias, órdenes o monasterios, conventos o refugios, fueron establecidos con objeto de alcanzar la vida superior, sin hallarse expuestos a las agresiones y vejaciones del mundo vulgar sumido en la vida ilusoria.

Su principal objeto fue, sin duda alguna, digno de todo encomio. Si a través de los tiempos, muchas de estas instituciones han degenerado y perdido su originario objeto; si, en lugar de existir dedicadas al cumplimiento de más nobles y difíciles obras, se han convertido en albergue de indolentes y supersticiosos, no es culpa de la causa primordial por que fueron estas instituciones cimiento de la naturaleza del hombre, de sus poderes y de su destino. Y al perder tal conocimiento, también los medios para el alcance del originario fin se han ido lentamente perdiendo y olvidando.

Esta retrogradación ocurrió en Europa especialmente, durante y después de la Edad Media, cuando, enriquecidos por la rapiña y dotados por ladrones agonizantes, amasaron grandes tesoros y se entregaron a una vida de lujo, solazándose en sus vastos dominios. Entonces, desconocieron los atributos de la vida superior, convirtiéndose en centros de atracción de ociosos y de hipócritas. Ocuparon sus horas en la indolencia de piadosos pasatiempos y en esfuerzos para amasar mayor cúmulo de riqueza material.

En lugar de centros irradiadores de bendiciones por doquiera, se convirtieron en plagas para el país. Despojaron a los ricos, cual vampiros, chuparon hasta la última gota de sangre de los pobres, y así continuaron hasta que, desbordada la copa de sus crímenes, sobrevino la gran reforma, que dio por resultado la aniquilación de muchos y la adaptación del resto de los nuevos regímenes.

Existe todavía en Europa y en América considerable número de esas instituciones. Los modernos reformadores, los socialistas y materialistas, las miran con malos ojos; sin embargo, el observador libre de prejuicios echa de ver que algunas de ellas cumplan el bien a su modo. Unas, creando escuelas; otras, fundando hospitales, y por encima de todas, sobrepujan las Hermanas de la Caridad, dedicadas al cuidado de los enfermos. De este modo, varias de entre esas órdenes dedícanse al noble fin de hacer bien a la humanidad y su utilidad podría sin duda centuplicarse si la luz del conocimiento espiritual – el Espíritu Santo, al que invocan en sus preces –descendiera sobre ellos.

Las órdenes religiosas, tal y como son hoy día, ¿cumplen su peculiar finalidad, elevando al hombre a un estado superior de espiritual existencia, o son simplemente centros a cuyo derredor personas piadosas y benévolas se agrupan con objeto de crear escuelas y cuidar enfermos, ocupaciones a las que podrían igualmente dedicarse sin profesar ningún credo determinado?

Si los conventos deben organizarse para el desenvolvimiento de la verdadera espiritualidad, formando hombres y mujeres verdaderamente regenerados, en tales lugares fuera lógico hallar algunas manifestaciones del poder espiritual; ya que un poder latente que jamás se manifieste, carece de utilidad y no puede existir en estado activo sin manifestarse. Todo lo cual nos incita a preguntar: ¿Ejercen conscientemente los moradores de nuestros conventos algún poder espiritual? ¿Pueden curar, inteligentemente a los enfermos con la aplicación de sus manos? ¿Están lo suficientemente desenvueltos sus sentidos internos para ver, oír, gustar, percibir y tocar los objetos imperceptibles a los sentidos de la humanidad ordinaria?

¿Poseen la aptitud de profetizar con alguna garantía de certeza los acontecimientos futuros sin las conclusiones de la lógica? ¿Existen entre ellos quienes hayan alcanzado el adeptado? ¿Qué saben actualmente de las condiciones requeridas para penetrar en un estado de conciencia superior al del común de los mortales? ¿Qué de los medios para llegar al nivel de Adepto y obtener una existencia consciente en lo futuro? ¿Qué saben los monjes y las monjas de la constitución del alma humana y especialmente de las almas a su cuidado confiadas? ¿Cuáles son sus estudios en este estado supremo llamado éxtasis?

Y, si alguno entre ellos queda extático o experimenta la levitación o sirve de instrumento a un simple fenómeno medianímico, ¿pueden explicar las causas generadoras de tales efectos o los consideran milagros inexplicables y sobrenaturales? Y a la persona que tales fenómenos experimenta, ¿no la elevan a la categoría del santo?

Inútil es que afirmen su poder de perdonar los pecados pues, como no se puede probar ni refutar intelectualmente, no dejará nunca de ser mero asunto de opinión.

Si no poseen facultades espirituales, no es posible creer que puedan comunicarlas a los demás y, si de ellos son capaces, ¿dónde están los efectos? ¿Conviértense, acaso, después del bautismo del agua, los tontos en sabios? Y los sometidos a la ceremonia de la confirmación, ¿obtienen acaso la verdadera fe? ¿Queda inocente el pecador una vez aliviada su conciencia por la absolución? ¿Puede por ventura el clérigo cambiar las leyes de la naturaleza? ¿Y es posible, por medio de una ceremonia externa, desenvolver un principio interior? ¿O es que quien entre estúpido en una iglesia, sale de ella todavía estúpido?

Embarazosas son estas preguntas, y no quisiera que se me atribuyera el intento de desacreditar los motivos de los frailes y monjas. Nada de eso. precisamente estoy en relación personal con algunos de ellos, y los hallé en general buenos, afables y bien intencionados, exentos del orgullo y arrogancia clericales que, por desgracia, caracterizan a menudo al clero secolar. Pero considero que todo el bien que hacen lo podrían realizar mucho mejor si emprendieran el estudio del alma y de su organización y funciones, perfeccionándose al tenor de este estudio. Capacitaríanse entonces para desenvolver conscientemente sus facultades superiores, que en algunos de sus miembros se desenvuelven espontáneamente y por ello los consideran como taumaturgos y santos. ¿Cómo puede servir de verdadero guía espiritual quién no posee poderes espirituales y quizá ignora que tales poderes existen? ¿Qué pensaríais del cirujano que desconociera la anatomía, de un médico que nada conociera del enfermo, de un pintor ciego, de un músico sordo o de un matemático imbecil? ¿Qué pensaremos, pues, de un médico del alma que nada sabe de ella ni de sus atributos, que no tiene pruebas de su realidad y que tan sólo cree que existe? ¿No tendríamos el derecho de dudar de la utilidad de tal médico y decir con Shakespeare:

Echad las drogas a los perros, que no las quiero”?

Si en vez de desperdiciar tiempo y energías en la celebración de rutinarias ceremonias, rezo de rosarios y repetición de letanías, los emplearan en la adquisición del conocimiento de sí mismos, en el estudio de la esencial constitución del hombre y de la naturaleza y en la adquisición del poder espiritual, sería mucho más útiles los moradores de los conventos. No se limitaría su conocimiento a las cosas terrenas, sino que abarcaría el amplio límite de los cielos; no se circunscribiría su actuación al cuidado de enfermos, sino que los sanarían con sólo el toque de sus manos; no tendrían necesidad de bautizar a las gentes con la aplicación de agua, porque los bautizarían con el espíritu de su santidad; no se valdrían de sus oídos para escuchar las confesiones, porque leerían los pensamientos del pecador.

¿y no cumplirían mejor sus deberes si trocaran su ignorancia en sabiduría; indagando la verdad, en lugar de amoldarse ciegamente a un credo; si tuvieran la capacidad de obrar conscientemente y directamente, oyendo la entidad invisible y desconocida que respondiera a sus rezos?

Si el público acude precipitadamente al convento, donde cree que mora un santo o una santa para recibir sus bendiciones, ¿Cuál sería la reputación de un tal lugar compuestos exclusivamente de santos, donde los manifestados poderes no se pusieran en duda?

Pero, ¿Cómo les fuera posible a los frailes y monjas adquirir tales poderes? ¿Cómo alcanzar la perfección por medio de un tal estudio? Se dice que es diez veces más difícil enderezar un viejo error que hallar una verdad. Y ahí reside la dificultad. Los caracteres de una página escrita han de borrarse para escribir en ella de nuevo. Habrían de purificar su mentalidad de todo dogmatismo y de todo sofisma, para serles posible la percepción de la verdad; deberían volverse como niños antes de franquear el reino de los cielos en sus propias almas. Deberían destruir la montaña de escombros que han acumulado con los siglos en el vestíbulo del templo, compuesta de errores y de supersticiones, cual cadáveres de formas de donde huyó el espíritu. Edades de ignorancia han contribuido a su crecimiento, y se han convertido en objeto de veneración con el tiempo. Los habitantes de los conventos destoca sus testas y doblan sus rodillas ante tal montón, que no osan destruir. Para alcanzar la sabiduría, deberían aprender el significado de sus doctrinas, símbolos y textos, de los que al presente no conocen más que la letra muerta. Debieran formarse de Dios un concepto más elevado y noble que el de revestirle de los atributos del hombre semi-animal. Debieran basar sus doctrinas morales sobre la dignidad intrínseca del divino principio humano, en lugar de apelar a los egoístas deseos del hombre y a su miedo al castigo, para inducirle a buscar su salvación.

Esto podrá alcanzarse en un porvenir muy lejano, mas no en la época presente. Pararán años y siglos antes de que la luz del sol de la verdad penetre a través del opaco velo del materialismo, que, como costra de hielo, cubre los verdaderos fundamentos de las humanas religiones.

Mirad los heleros de los Alpes, en las laderas de las montañas, que se extienden a menudo a varias millas. Constituyen bloques sólidos de más de cien pies de espesor, que llegan hasta los valles. Son producto de los siglos. El hielo parece tener la consistencia de la roca, y no obstante, estas masas rígidas aparentemente inmóviles, se mueven y cambian de año en año. Escarban las rocas sobre que reposan y rechazan todo cuanto le es extraño. En la cumbre se ven sus grietas y resquebrajaduras y si, como sucede de vez en cuando, resbala un hombre entre sus honduras, pueden hallarse sus restos, años más tarde, al pie del helero.

En cambio, el lento y paulatino cambio ocurre doquiera en la naturaleza. Lo mismo en los sistemas religiosos más rígidos y ortodoxos que en las mentes y en los corazones mas tenebrosos, cúmplase la ley del continuo cambio. Las doctrinas divulgadas en los pulpitos del medioevo hanse modificado ya en cierto grado. Las proporciones del diablo han menguado al disminuir el miedo de la plebe; y a medida que el poder clerical se debilita, el concepto de Dios adquiere

más grandiosa realidad. La necesidad del cumplimiento de obras humanitarias ha sido reconocido ya hoy hasta cierto punto y considerado por algunos de una eficacia casi igual al cumplimiento de las ceremonias rituales. El cambio se opera día a día, gradual aunque lentamente, ya que existe un gigante poderoso que retarda el desplome de este montón de escombros, y este gigante lleva por nombre la costumbre. Es timbre de elegancia soportar ciertas cosas, y por ello las soportan las masas.

¿Reconocerán las gentes progresivas que los guardianes de la verdad, en su legal situación, revelaron el verdadero valor del tesoro por ellos poseído? ¿No debemos acercarnos a los que limpiaron la joya de la sombría corteza acumulada a su alrededor a través de los siglos ?

Llegaron mensajeros de Oriente, país de la luz, donde amaneció el sol de la sabiduría, llevando consigo preciosas peras de reflejos lunares y tesoros de oro liquido. ¿Se ha de confiar esta riqueza inefable a la salvaguardia de los poseedores de las viejas formas vacías o será vertido el nuevo vino en nuevos odres porque los viejos están podridos?

Mas ¿Por qué quienes vislumbran la aurora del nuevo día cierran los ojos en espera de que los ciegos les digan que sale el sol tras las montañas? ¿Sale acaso el sol tras los montes? ¿No es bastante poderoso el amor de la verdad para realizar lo que es capaz de realizar el temor de un terrible más allá?

Y ¿no les fuera posible a las clases ilustradas establecer conventos laicos que, prescindiendo de todos los defectos de los ortodoxos, participaran, no obstante, de sus ventajas, semejante a un jardín donde el divino Loto de la Sabiduría creciera abriendo sus pétalos al abrigo de los huracanes de pasión, regientes fuera del ideal recinto, regado por el agua de la verdad, cuya fuente brota del interior; donde el Árbol de Vida creciera libre de las malas hierbas de la superstición y del error; donde el alma aspirara el aire puro del espíritu que no emponzoña el vaho del venenoso arbusto de la ignorancia ni enturbian los efluvios de las supersticiones murientes; lugar donde el Árbol de la Vida, retoño de la raíz del Árbol del Conocimiento creciera y tendiera sus ramas en lo alto, allí donde reside el reino invisible de la Sabiduría produciendo el fruto que convierte a quienes de su sabor gustan semejantes a lo dioses inmortales?

Hizo aquí una pausa el Adepto y quedó como en profunda meditación. Pero tras breve silencio, continuó:

- Si, de todos modos, tratad de establecer vuestro monasterio teosófico si os es posible hallar seres preparados que puedan en él morar, ya que más fácil será introducir la verdad en un lugar que no haya sido de antemano habitado que en los que residen sus mismos enemigos.

- Pero... – objeté yo - ; tal institución necesitará de un Adepto como Maestro de sus enseñanzas. ¿Consentís vos en ocuparos de ella?

A lo que respondió Theodorus:

- Donde quiera haya la necesidad, no tarda en llegar el auxilio. “el vacío no existe en la Naturaleza”.

En aquel momento, oí de nuevo en el aire el sonido de la invisible campanilla de plata, y levantándose el Adepto, díjome que se ausentaba por unos minutos y me invitó a permanecer en aquel lugar hasta su retorno.

Y acto seguido salió, dejándome solo en el laboratorio.

Me entretuve hojeando el libro que contenía el Secreto Simbolismo de los Rosa-Cruces, y atrajo mi atención el signo de un pentágono con el ángulo superior hacia abajo, de suerte que la línea que unía los puntos de los ángulos inferiores se hallaba horizontalmente en su cima. En aquel momento, una voz resonó detrás de mi silla, diciendo:

- En este símbolo se hallan contenidos el tiempo y la eternidad, Dios y el hombre, el ángel y el demonio, el cielo y el infierno, la antigua y la nueva Jerusalén, con todos sus habitantes y todas sus criaturas.

Volví la cabeza y vi a mis espaldas un hombre de semblante extraordinariamente inteligente, revestido de hábito monacal. Se excusó de haber sido causa de la interrupción de mis pensamientos y dijo que parecía yo tan profundamente absorto en la meditación de las láminas, que no había percatado de su entrada.

La actitud franca, el simpático aspecto y la inteligente expresión de la faz del visitante, ganaron inmediatamente mi confianza. Le pregunté quién era y con quién tenía el honor de hablar.

- Yo soy – respondió el recién venido – el fámulo o el Chela de Theodorus. Llámanme, por broma, su principal intelectual, pues ejecuto sus tareas cuando mi viejo señor duerme.

Me pareció gracioso el caso. Ofrecióse el intruso para mostrarme todas las curiosidades del laboratorio, proposición que acepté con júbilo. Enseñóme, en verdad multitud de cosas curiosas, algunas de las cuales había leído ya en los libros de la Alquimia; otras, éranme enteramente nuevas. Por fin, llegamos ante una cerrada alacena. Mi curiosidad subió de punto y me impulsó a preguntar a mi acompañante qué era lo que contenía.

- ¡oh! – exclamó el monje -, esta alacena guarda unos polvos merced a cuyas fumigaciones puede el hombre ver los espíritus elementales de la naturaleza.

- ¿Cierto? – grité - ¡Cuánto desearía contemplar estos encantadores espíritus! Mucho he leído relativo a ellos en los libros de Paracelso.
- No todos son hermosos – objetó el monje -. Los elementales de la tierra poseen forma humana. Son pequeños, capaces de alargar el cuerpo. Los gnomos y los pigmeos son generalmente susceptibles y adustos. Es mejor dejarlos tranquilos, si bien es verdad que a veces conviértense en buenos amigos del hombre, mostrándole minas y tesoros escondidos.

Los elementales del aire, los silfos, son de naturaleza más agradable; sin embargo, no le es posible al hombre conseguir su amistad. Las salamandras, habitantes del ígneo elemento, son malévolas y es mejor no entrometerse con ellas. Pero en cambio, las ninfas y las ondinas son encantadoras criaturas que se asocian a menudo con el hombre.

- Quisiera ver esas bellas hadas marinas, aunque casi me inclino a creer que pertenecen al reino de la fábula. Desde muchos años, las narraciones sugeridas por los marinos nos han hablado de sirenas y de ondinas que afirmaron haber visto desde lejos.

Explican que poseen una constitución semejante a la humana, cuya parte superior se parece a un hombre o a una mujer, mientras que la inferior es semejante a un pez. Cuéntanse multitud de historias sobre su hermosura, de sus flotantes cabelleras, de sus dulces cantos. Llámánles sirenas, ya que es fama que el que oye el irresistible influjo de su canto olvida toda otra cosa. En fin, una de esas sirenas fue capturada, y se dijo que no era otra cosa que un pez de la curiosa especie llamada halicora catacca, que de lejos podía confundirse con la forma humana, a causa de su color, y que nada a la manera de los perros, puede ser que las tales ninfas y ondinas no sean, en conclusión, otra cosa que peces raros.

- Vuestra opinión es totalmente errónea, mi querido señor – respondiíme el monje -, La halicora es un pez en verdad, pero nada de común tiene con las ninfas y las ondinas, que son espíritus elementales de la naturaleza, que moran en el elemento del agua, imperceptibles ordinariamente para los sentidos del hombre y, por lo tanto, imposibles de ser capturadas de tal forma. Son parecidos a la forma humana, pero más hermosos y de materia mucho más sutil y sólo en raras y especiales condiciones puede verlos el hombre. Hay casos en que se revisten de envoltura material permanente y moran en la tierra. Cuéntase el caso de que un cierto conde Stanffenberg, prendado de la hermosura de una ninfa, se caso con ella, viviendo en tal estado más de un año, hasta que un teólogo estúpido le convenció de que se había casado con un demonio. En tal sazón rondaba amorosamente el conde a una simpática vecina, de suerte que atendió las insinuaciones del consejero y con tal pretexto abandonó a su legítima esposa. Mas ella vengóse, ya que el tercer día de su

segundo matrimonio fue hallado muerto el conde en su propio lecho. Son muy vehementes y constantes en el amor, aunque muy celosas.

Cuando más hablaba el monje de las ninfas acuáticas, más se acrecentaba mi anhelo de verlas. Le rogué me permitiera una fumigación del polvo misterioso y accedió al fin.

Metió unos pedacitos de corteza seca de arce junto con una hojas de laurel en un hornillo; añadió unos trozos de carbón y lo encendió. Salpicó luego con un poco cantidad del polvo misterioso, y un suave humo blanquecino ascendió, llenando la estancia semejante a la neblina e impregnándola de un suave aroma. Pronto, confundidos con el humo, desaparecieron de la vista los objetos del laboratorio, hasta confundirse por completo con el límite de los muros de la estancia. Pareció el aire adquirir una nueva modalidad vibratoria y se hizo más denso; pero, lejos de sentir por ello opresión, percibí una expansión de alegría y un bienestar inmenso.

Por fin, comprendí que me hallaba en el líquido elemento. Nadaba, pero sentía mi cuerpo ligero cual una pluma y apenas mi avance requería el menor esfuerzo; parecióme como si fuera el agua mi propio elemento, como si en realidad hubiera nacido en él.

Una luz brilló directamente sobre mi cabeza. Subí hacia la superficie y miré en torno mío. Me hallaba en medio del océano, llevado ora en alto, ora hacia abajo, mecido por el ritmo de las olas.

Erase una noche de luna clara. En lo alto del cielo, el astro nocturno lanzaba sobre el mar sus rayos, que se quebraban en fragmentos de argento vivo sobre las crestas de las espumosas ondas, lucientes como diamantes.

A lo lejos se divisaba la costa, ceñida por una hilera de montañas, que me parecieron familiares. Al fin, reconocí la cercana costa de la isla de Ceilán, con su cordillera más allá de Colombo y de Galia. Hasta me pareció reconocer el Pico de Adam.

Jamás olvidaré la agradable impresión que me produjo el baño etéreo en medio del mar bañado de luna en el Océano Indico. Me pareció que todos mis deseos se hallaban satisfechos y que me hallaba libre por entero de mi cuerpo mortal y de su pesadez, y sin embargo, yo era yo. No hallaba diferencia alguna entre el cuerpo que habitaba ahora y el de antes de la fumigación, solo que sentía la impresión de una mayor ligereza y como si me fuera posible flotar en el aire del mismo modo que flotaba sobre las olas.

¡Escuchemos! La brisa traía un lejano murmullo, como el de una voz humana, cada vez más perceptible, hasta que por fin la distinguí con toda claridad. Era el canto melodioso de una voz femenina.

Miré hacia donde provenía la voz y vislumbré tres formas, que, medidas por el vaivén de las olas, se iban acercando. Parecióme como si jugaran una con otra, y a medida que se aproximaban, divisé con más claridad cada vez las formas de tres hermosas mujeres, de larga cabellera ondulante. La de en medio superaba en belleza a sus dos compañeras, y parecióme la reina coronada su frente de marinas algas.

Avanzaban más rápidamente a medida que se acercaban. Pero de pronto hicieron actitud de divisarme y se detuvieron. Consultáronse, pero la curiosidad parecía vencer sus temores y se acercaron a mí y me hablaron. A pesar de su extraño idioma, comprendí el significado de su voz, de una melodía encantadora. Al enterarse de que yo era un mortal, parecieron ávidas de trabar conocimiento conmigo y yo deseé también, como es natural, departir con ellas.

Invitáronme a visitar su morada y me hablaron de su palacio de conchas y de corales en las profundidades oceánicas; de sus muros de perlas de láctea blancura; del limpio azul de las ondas brillantes a través de los muros transparentes; de multitud de cosas curiosas jamás vistas por mortal alguno.

Me resistí, alegando mi humana condición y mi imposibilidad de vivir en su peculiar elemento. Pero la reina bella, irguiendo su cabeza encantadora, de cuya flotante cabellera parecieron emanar multitud de diamantes fluidos.

- Ven – murmuró – y mi amor te protegerá de todo mal.

Tendió hacia mí sus brazos magníficos hasta tocar mi espalda. A su contacto perdí la conciencia. Una sensación voluptuosa me invadió y sentí como si todo mi ser se disolviera en el líquido elemento. Percibí claramente, de un modo confuso, el rumor lejano de las olas besando la arenosa playa.

Se cumplió mi deseo... un momento, y no sentí más.

CONCLUSIÓN

Debo añadir algo a mi historia.

Desperté, y al abrir los ojos hálleme echado sobre el césped, a la sombra del corpulento pino, donde evidentemente me había dormido.

El sol lucía aún en el horizonte Occidental y en la celeste lejanía dos buitres describían con su vuelo inmensas espirales. Y de momento creí percibir en sus lejanos gritos, la voz de la reina de las ninfas.

En el lado opuesto del valle se desplomaba la eterna cascada retozante, con su balsa espumosa, cuyas gotas se expandían por el aire y el agua que rodaba como siempre sobre la pendiente cubierta de musgo.

- ¡Cómo ! – exclamé -; ¿todo cuanto he visto no ha sido más que un sueño? Lo que me pareció tan real y tan bello, ¿fue solamente una ilusión de mi cerebro, ahora que despierto a la vida cotidiana? ¿Por qué no morí en brazos de la reina, librándome así de este horrible despertar ?

Levánteme, y al momento se fijaron mis ojos en un lirio blanco que llevaba yo prendido en el ojal de mi americana. No podía creer lo que veía, y me creí de nuevo presa de una alucinación. Cogí el lirio y no se desvaneció en mi mano; era tan palpable y real como el suelo que pisaba y, sin embargo su especie no crecía en las frías regiones de aquellas montañas, sino allí donde el aire es dulce y cálido.

Me acordé del oro y metí la mano en mi bolsillo. Allí, entre unas monedas que me quedaran, hallé la endurecida masa cuyo brillo acusaba ser de oro más puro; pero las diminutas partículas rojas habíanse desprendido de la superficie.

Me acordé entonces del precioso libro que el Adepto había prometido enviar a mi aposento de la posada lugareña. Sin embargo, creí haber cometido una indiscreción durante la ausencia de Theodorus inspeccionando los secretos del laboratorio y cediendo a las tentaciones del fámulo. Reconocí que no merecía tal favor y dudé de que me remitiera el libro.

Me precipité, más que descendí, por la pendiente de la montaña. No me preocupé del paisaje, de las montañosas cumbre que doraba el crepúsculo, ni del río murmurante.

Cerró la noche. La luna llena se elevó sobre las colinas, semejante a la que había contemplado yo lucir un rato antes sobre el Océano Indico. Calculé la distancia que separa Alemania de Ceilán y hallé que, realmente, había podido ver la luna brillar en blanca bahía de Bengala, mientras el sol lucía en los Alpes.

Llegué a O. Sin parar atención en los lugareños que, atentos a mi precipitación, pudieron crearme loco. Entré en la posada, subí a mi cuarto y vi en seguida sobre la mesa el precioso libro. “The Secret Symbols of the Rosicrucians of the Sixteenth and the Seventeenth Centurys”

En la primera hoja, escritas en lápiz, se leían las siguientes líneas:

“Amigo, siento se haya interrumpido tan bruscamente vuestra visita y no puedo invitaros a reanudarla por ahora. Quien desee permanecer en el valle apacible, debe saber resistir a todas las sugerencias sensuales, incluso las de la Reina del Agua.”

Estudiad este libro prácticamente, trazad el círculo en un cuadrado, elaborad los metales, depuradlos y purificadlos de toda escoria. Cuando hayáis triunfado, nos encontraremos de nuevo.

Estaré a vuestro lado cuando os halléis cerca de mí.

Fraternalmente vuestro,

Theodurus”

Fácil es presumir que, a pesar de mi fatiga, no me acosté temprano. Recorrí de arriba abajo mi habitación, recordando los acontecimientos de aquel día memorable. Traté de hallar la línea divisoria ente lo visible y lo invisible, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre el sueño y la realidad, y comprendí que tal línea no existe, ya que todos estos términos son puramente relativos, y se refieren no solamente a las condiciones de las cosas aparentemente objetivas o subjetivas, sino a nuestra propia condiciones, y que, en cierto estado de existencia, pueden algunas cosas parecernos reales y otras ilusorias, mientras que en distinto estado resultan verdades las ilusiones y convertirse en sueño lo que antes nos pareció real. Quizá toda nuestra vida terrestre no nos parezca al fin más que una alucinación.

Paseando por la estancia, eché de ver una Biblia perteneciente a mi posadero que había sobre la cómoda. Sentí el impulso de cogerla y al azar abrí sus páginas.

Y mis ojos se fijaron en este pasaje del capítulo doce de la segunda epístola del apóstol Pablo a los Corintios:

“Yo conozco un hombre en Cristo hace más de catorce años (si era en su cuerpo o fuera de él, no podría decirlo yo, sólo Dios lo sabe) que fue elevando al paraíso y oyó palabras inefables que no les es dable al hombre pronunciar”.

FIN

INDICE

	Pag
Proemio	7
I. La excursión	11
II. El monasterio teosófico	29
III. El refectorio	69
IV. El laboratorio alquímico	97
Conclusión	151

L